



CELEBRACION DE LA INDEPENDENCIA.

(Fotografía Juan Caruso)

Los actos patrióticos con la participación del pueblo y las fuerzas armadas dieron particular lucimiento en todas las capitales de los departamentos a la celebración del 134º aniversario de la Declaratoria de la Independencia Nacional. Aparece en la nota el desfile de la Escuela Militar de Aeronáutica, en Florida, punto culminante de los festejos realizados.



El espeso monte natural del arroyo Burucayupí.

EN esta rinconada donde se juntan los ríos Queguay y Queguay Chico, los montes de ambos ríos se suman y entonces forman la selva más extensa y frondosa de nuestro país, y cuyo ancho pasa de dos leguas. Querer penetrar en ella directamente es imposible; lo impiden con sus arañazos los árboles espinosos —talas, espinillos, coronillas— que intrincan sus ramas. Además, de continuo, se cruzan cañadones o sangradores —capilares de los ríos— que forman también una extendida red de curso irregular.

EL MONTE INDIGENA

SU VIDA Y SU PASION

Hemos querido entrar a pie siguiendo el camino de los carboneros, y fuimos detenidos por nubes crecientes de mosquitos, que, haciendo mofa de los productos químicos montevidianos, clavaban sin piedad sus lancetas en nuestro rostro, manos y to-

billos. Sólo en el camión de los leñadores pudimos llegar al río. Mas allí, la defensa del monte está a cargo de los tábanos. Pretendimos librarnos de ellos metiéndonos en el agua. Nuestra cabeza fue entonces blanco de su encarnizamiento.

Nos dimos cuenta que el monte no ha sido creado por el hombre. Este es allí un intruso, a quien el monte lo expulsa por que con sobrada razón le teme. No son aquí, como en los bosques del sur chileno, las lianas y las ramas las que detienen, empujan y vuelven para afuera al hombre que penetra en la selva. Aquí es a pinchazos que se le corre: pinchazos de las zarzas y de los árboles, pinchazos de los mosquitos, lancetazos de los tábanos.

Y recién, sobre una meseta, cuya altura domina al bosque, he podido ponerme a escribir algo que desde hace tiempo busca salirme por la punta de los dedos.

Todo monte indígena es una orquestación, sabiamente compuesta por la naturaleza para su propio disfrute. No tiene disonancias; nada le falta ni le sobra nada. Está integrada por grandes masas arbóreas redondeadas que se acordan y complementan con armonía. No hay un árbol que salga agudamente del conjunto ni un volumen que no coniugue con esta suma de grandes formas convexas.

Mas, no es sólo en la forma del monte que existe una acordada orquestación. Ella está presente también en el color. Todas son variaciones del verde: el verde oscuro de los coronillas, el grave del matajojo, la tonalidad clara del sauce componen una armonía cromática. Un árbol criollo, cualquiera que sea el sitio donde aparezca, se incorpora sin disonancia al paisaje. No ocurre esto ciertamente con los montes artificiales de eucaliptus, cuya masa no es absorbida por el volumen cromático y se destaca en las laderas de las colinas como lo hacen las cejas en el rostro humano.

No es exacto que los montes criollos estén integrados siempre por árboles bajos, achaparrados. Quizás sean así los árboles que visten a los ríos de nuestro sur. Al norte del Río Negro, lluvias más frecuentes, una temperatura más cálida, ríos de más ancho curso, tierra más rica en limo por una mayor erosión en las cuchillas dan lugar a árboles que no son achaparrados. Los



Monte del arroyo Burucayupí, afluente del río Queguay.

montes del Queguay abundan en ejemplares de laureles, espina-coconas y vilarós cuya altura llega a veinte y veinticinco metros. Y no son tampoco de talla escasa los demás árboles que forman esta espesa selva: guayabos, coronillas, talas, sauces criollos, Francisco Álvarez, arrayanes, mataojos, sarandíes, ceibos.

Estos árboles intrincan sus ramazones haciendo imposible el paso entre ellos. Es fácil perderse dentro de un monte en pleno día. Una fronda entrelazada pone techumbre a la selva. El cielo deja de verse. Y quien ha entrado a machete, sale si ha marcado los árboles o dispone de brújula como en medio del mar.

El monte se adorna y se perfuma a sí mismo; hace también su propia música. Hasta los troncos más recios se adornan con helechos y claveles del aire. De las ramas penden culandrillos, calau-las y líquenes suaves y alargados con la forma y el color de barbas de viejo. El aire se embalsama con aromas que, naturalmente varían con las estaciones. Cuando estuvimos en el Queguay —y fue a fines de Marzo— perfumes muy finos de romero, cedín y verbena constituían un deleite para el olfato. Al llegar la primavera el arrayán, el sangre de toro, la mimosa indígena y todas las plantas competirán con la diversidad de sus aromas, como si el vegetal sintiera, él también, la época del celo y se engalanara para la fiesta del amor con sus perfumes más atractivos.

La música del monte está a cargo, naturalmente, de los pájaros. La orgía melódica de los amaneceres primaverales, con innumerables gorgeos y silbos que se entremezclan, forman a la selva un vestido musical. El sabiá, el aortal, el boyero, el cardenal, la calandria. Un hombre de campo que nos acompaña y que expresa su saber en forma de aforismos, nos informa: "La calandria que mejor canta es la que anida en el tala". Y agrega: —"Que es espinoso y cuanto más espinoso mejor". Y, en efecto, podemos verlo: los pájaros de más fino canto buscan para sus nidos el ramaje espinoso, la maraña intrincada. Previén la llegada del hombre.

En este conjunto biológico que es el monte, todos los elementos que existen son útiles para la vida del bosque aunque el hombre sienta algunos de ellos como incomodidades prescindibles. Mosquitos pequeños que viven en los árboles (jejenes), mosquitos mayores (aquellos mosquitos!), tábanos (aquellos tábanos!), luciérnagas, aguilas, mariposas, gusanos de los árboles y de la tierra, son necesarios para la vida del bosque.

Cuando don Antonio Lussich plantó su bosque artificial en la ladera de Sierra Ballena, encontró que los árboles crecían, crecían, pero no venían los pájaros a animarlos. La razón era que los árboles nuevos no tenían en sus ramas y en sus hojas los pequeños mosquitos, ni los gusanos ni las larvas, en cuya busca llegan los pájaros. Para éstos también —como para todos los seres vivos— reza el materialismo marxiano. Existe en California un bosque mudo: la ausencia de parásitos significa la ausencia de pájaros. Y el bosque de Lussich recién se animó cuando fue parasitado —y el viento se encargó de ello— por las larvas e insectos necesarios.

Podríamos demostrar así la necesidad de la existencia de cada una de las especies vivas que habitan en el monte, pero el resultado sería asaz pedagógico. Digamos que todo lo viviente que existe corresponde a un sabio equilibrio que sólo se rompe cuando el hombre quiere corregirlo. Y que la naturaleza, en la necesidad de ser previsora, se vale con frecuencia de muy finas astucias. Pone perfume en las flores con el fin de atraer a los insectos y a las aves para la polinización; y detiene sobre ellas la atención del hombre que las cortará y las llevará a distancia difundiendo sus gérmenes. Pone aroma y gusto en las frutas para asegurar el traslado lejano de sus semillas. Mas, no nos alejemos del monte.

Si no hubiéramos estado, desde hace tiempo, convencidos del error del principio antropocéntrico ("El hombre es el rey de la creación", "El mundo ha sido creado para el hombre") me habría bastado para ello observar la vida de un monte indígena. Este no ha sido creado para el hombre; puede pasarse sin él y, con frecuencia, sufre su presencia. Porque, si bien el hombre no es el rey de la creación, un hombre indu-

dablemente es el dueño del bosque. Y un día decide vender su leña o transformarla en carbón.

Sobre la masa de árboles del monte del Queguay, hemos visto en cinco sitios distintos levantarse un humo blanco vertical. Corresponde a otros tantos hornos de carbón de leña. La columna blanca que se elevaba lenta parecía —y lo era— corresponder a piras donde se hicieran sacrificios sagrados. En los montes de todo el país están trabajando los carboneros. Nos tocó ver a uno de ellos con el rostro lastimado por un tronco de coronilla que le cayó encima al armar el horno: último manotón de resistencia del árbol que iba a ser carbonizado. Luego, en bolsas ennegrecidas es llevado el bosque para las ciudades. Más frecuentemente lo hace en forma de madera cortada. Buen número de montes criollos ya están comorados por las barracas de Montevideo. Pesados camiones que ronan en los repechos los transportarán para la capital. Mas, aquí también, como lo fue para Macbeth la marcha del bosque de Birman, esta marcha hacia la ciudad puede significar para ella un oscuro presagio.

Nuestros ríos y arroyos están siendo despojados de las ropas de sus montes indígenas. Buena parte del monte del Río Tacuarembó ha sufrido extensos cortes y ha quedado reducido a un conjunto raleado de pequeños árboles. Otro tanto le está pasando a los montes del Río Negro, del cual —además— el lago para la represa sumergió grandes extensiones. Los ríos del sur tienen sus márgenes desgarnecidas como bocas desdentadas. Maldonado y Punta Ballena demuestran que tan despiadada tala cae también sobre los bosques artificiales.

Fácil es anticipar que dentro de cincuenta años no habrá montes en el Uruguay. Arraives, laureles y carobas serán sólo recuerdos de un pasado indígena, como ya lo son en la fauna los ciervos, los ñandúes y venados. Mas, al no existir ya los árboles, desaparecerán los pájaros y, con ellos, las flores y los aromas nativos. Y nadie sabe cuántas cosas más. Porque —no sé si ya lo dijimos— todas las cosas naturales corresponden a un equilibrio superior al hombre mismo, y en el cual a éste no le está permitido intervenir sin riesgo de consecuencias, a menudo, irreparables.

Isidro MAS DE AYALA.

Fotos de José Bouzas.

(Especial para EL DIA).



La espesura impenetrable del monte del Queguay.



Un trozo del arroyo donde la naturaleza imita al arte.



Dr. Andrés Crovetto, el gran clínico que tuvo nuestro pueblo, posando en la quinta de su casa, junto al "Caco" y al "Mimosa", perros de casa.

ARMAND FOURCADE. — Tarea intrascendente la de reunir la historia de una casa, las mutaciones de su arquitectura, el tráfego de sus ocupantes, pero he logrado reconstruir la de una de nuestro pueblo, a través del largo siglo que encierra el pasado de la Restauración.

Recién fundado el caserío entre el puerto del Buceo y el campamento, llegó hasta él desde Bayona, con las virtudes y defectos de los vascos franceses, Noé Armand Fourcade, afincándose con talabartería en un rancho de terrón que lindaba en plena calle Rosal con la tienda de pieles curtidas de su



Don Pantaleón Pérez a los treinta años.

pariente Recard. De inmediato volteó el rancho que le costara setenta y ocho patacones y edificó su casa, sin olvidar la mansión paterna, donde naciera treinta años antes: caserón de piedra con tejado saliente y balcones florecidos, incrustado entre casuchas negras, cuyas callejuelas tortuosas lindaban con el campo.

Al construir modificó la arquitectura regional, dotando su hogar de dos inmensos patios donde enraizó parrales.

Hombre sencillo y sin inquietudes, dejó sin embargo el recuerdo de alguna tarea. Así, el deleite con que quemaba en la cocina de enorme campana, gajos de retama blanca que mientras arden sueltan en el aire tan exquisito como enervante olor; y ramas de higuera, que no estando del todo secas, producen al quemarse un rumor como el de las frituras.

Abundaba entonces el castro en vascos franceses y españoles: Guruchaga y Basterria, alejados de España a raíz de la derrota carlista; Zabaleta, que fue el genitor de "Paysandú", pelotari famoso; Arboleña, Arriaga, Baigorri, Arrué, tal vez el más letrado de ellos, ya que no olvidaba invocar sin pretexto a cuanto compatriota honrara la raza, sobresaliendo en cualquier rama del heroísmo: San Ignacio, Zulamaciategui, Churrua y Elcano. Y luego Pedro Irigoyen y Fermín Bidondo, herrero de obra que se distinguía por honrar los bueyes colgándolos con fajas de una fuerte estaca colocada entre dos ramas-troncos que sustituían en la Blanqueada a los ombúes de doña Mercedes.

El imán que mantenía unido al grupo vasco del Cardal, estaba en la capilla, el ruedo de toros o el frontón.

Hasta el 51 se reunían en el salón de Fourcade los oficiales del Cerrito, y salían de él los domingos, en grupo hasta San Agustín, las más empuñadas damas del pueblo, vecinas todas de "la cuadra de Larraide", centro en toda época de un próspero negocio. Afincaron allí José Bowlers, con su



El maestro don Ignacio Mutuberria.



César E. Canessa, padre del Dr. Juan Francisco Canessa.

MI CASA

"Sombrerería Americana"; Jaime Fonlladosa, barbero que nos llegó del Paraguay picado por la cólera del Presidente López; Netto y Cunha, establecidos con almacenes en la esquina "del Indio"; José Roubaud, farmacéutico titulado que tenía su botica junto a la pulpería de Cabrera, donde hoy está el "Cerro Largo"; José María Azarola, gran médico que se atrevió a desafiar la irritación de Mariano Mazza; César E. Canessa, genovés orgulloso por su magnífica platea; Martín Arriaga, el zuequero que desde el 43 colindaba con Fourcade, y al que le nació el año 55 una hija que acaba de morir centenaria hace dos años.

Arriaga y Fourcade se toparon en 1869. Con palabras o a gritos pueden entenderse los vascos. Cuando no lo logran suelen hacerlo cantando. Pero no entonaron zorticos los vecinos de puerta. Fueron al litigio. Los separaba un cerco a punto de derrumbarse por esa época, un muro de enormes ladrillos unidos con barro. La medianera originó el conflicto. No pudiendo conciliarlos, el juez hizo medir la pared por Fontgibell y levantar una nueva junto a la otra, ya que la singular sentencia rezaba: "Arriaga debe construir una nueva tapia a su costa sin demoler la vieja". Las dos paredes existen aún, sostenidas por la enamorada del muro que planté en 1927.

Había crecido el poblado y ganaba incesantemente tierra al campo. En el centro, las calles eran anchas y bien delineadas gracias a la maestría del ingeniero José María Reyes. Contra la del Asilo había una plaza escondida entre el Colegio y la Iglesia, y ya la Mauricia había clausurado su campo santo de la calle Real volcando su osario en el Buceo, y lo que el año 18 había sido el sacro de Larrañaga, lo había convertido en realidad don Bernardo Berro el Presidente.

Las callejuelas de las orillas, más angostas, veían asomar algunas casitas bajas, con algún portalón y rejas protectoras. Lo demás, corrales y huertos, por encima de cuyas tapias trepaban las ramas de los frutales. Más lejos aún, sembrados de trigo y de maíz, huertas flanqueadas por olivares y sauces descendidos.

De día, las calles sin empedrar eran sólo una nube de polvo o un fango pegajoso. En el camino a Maldonado, trotaban desde el 53 las seis mulas de los ómnibus ingleses que llegaban hasta la "Buena Moza" y volvían hasta lo de Larraide por el viejo camino bordeado de pitas y tuneros.

En ausencia de luna, encendíanse por la noche los faroles que hasta el año 61 gastaron velas de sebo, y después de esa fecha querosene. Mientras, desde el Buceo llegaban en grupos los pescadores, guitarra al brazo y canción en boca. El eco de sus voces contrastaba con el traqueteo de las carretas de bueyes, que desde el este traían hasta el centro su zafra de sandías y zapallos. El silencio de la madrugada lo cortaba el sordo rumor de la rueda del molino "del galgo", que no se ha extinguido en nuestro oído desde que lo cerraron definitivamente en marzo de 1902.

En ese villorrio que había decaído visiblemente desde la paz de Octubre, pudo ver Fourcade, la tarde del asesinato de Flores, cómo salvaba su vida Basterria, al trasponer sin prisa la puerta de su negocio. La escolta del "cabo viejo", en la cual estaba entonces plaza de soldado quien llegó más tarde a ser el general Laborde, había llegado al atardecer a prenderlo, en la casa de Guruchaga, calle Maroñas, hoy Juanicó, pero los gritos de la madre de Elsegui lo alertaron. Saltando el cerco cayó en casa de Fourcade, y por su puerta desapareció del pueblo el antiguo oficial del Cerrito.

No hubo tragedia. Pero la presencia dos años más tarde el francés cuando asistió el 29 de Noviembre del 70, a la batalla de la Unión, entre las fuerzas del Presidente Lorenzo Batlle y el batallón de Estomba. La lucha se entabló en lo que es hoy avenida 8 de Octubre, dirigiendo Batlle el combate desde la esquina de "La Liguria", mientras el artillero Carrión, negro retinto apuntaba desde la calle Asilo los cañones contra el edificio que hoy ocupa el Pasteur. La lucha duró muy poco, pero el francés pudo ver en la tardecita, los doscientos cadáveres que alinearon en el primer patio de lo que, desde hacía diez años, se había convertido en Asilo de mendigos.

Se lamentó la sangría, pero más tal vez el primer apagón traumático de la hoy avenida: las talas de cañón habían fracturado todos los faroles de que disponía el poblado en esa vía de tránsito. Tal vez a Fourcade le desagradaron las candelillas con que el Consejo Auxiliar de la época reemplazó los faroles por un tiempo. Lo cierto es que se fue con rumbo desconocido.

Pero volvió, ya que habría de morir en su caserío, muy viejo ya, el año 68, en una de las casas de Monteiro...

DÍAZ PLANTA SU TIENDA. — En la finca, que ya lucía el número 246, estableció muy pronto con tienda, Servando Díaz, estanciero del interior, venido a menos en su fortuna. Isidro Díaz, su padre, que había combatido en Ituzaingó, sirviendo más tarde en la Guerra Grande con el invasor, para ocupar luego en San José importantes puestos políticos, tuvo nueve hijos, a los que, con excepción de Servando, conservó celosamente analfabetos. A ese hombre rudo y noble, apenas lo recuerda algún centenario del pueblo. Le debemos, sin embargo, la mejor ofrenda que pudo dejarnos. En la casa que historiamos le nació un hijo, que habría de llegar a ser uno de los profesionales más destacados de nuestra ciencia médica. Se llamó César A. Díaz, y tuvo la fortuna de recibir en París la luminosa experiencia del famoso gastroenterólogo, Raymond. Somos justos al afirmar que entre nosotros, donde según el profesor Ricaldoni se ha contado con clínicos de la talla de Andrés Crovetto y Pantaleón Pérez, — asesinado en el cuartel el 11 de Octubre, cuando apenas contaba treinta años — la figura del doctor César Díaz, cuya desaparición nos acongoja desde hace pocos meses, haya completado la trilogía de los más altos y humanos de nuestros colegas.

EL MAESTRO MUTUBERRIA. — El año 85 la casa fue ocupada por el "Colegio San Luis Gonzaga", cuyo director don Ignacio Mutuberría había hecho unos años antes un viaje a Guipúzcoa, donde naciera en 1833.

De ese viaje trajo la botella de vino tinto que no se atrivió a empujar, pues quería lo escanciaran los hijos si llegaran a centenarios. El último de ellos podría hacerlo, porque la centuria de ese botellón ventruado se cumplirá en 1971. Yo lo vi en manos de don Javier Guruchaga, en la amanecida del 15 de Marzo del 40. No podría olvidar la fecha. La noche anterior, una meditada imprudencia me había hecho perder la Radio Carve, y mi otras lo lamentaba de veras por los nobles amigos que perdía, una llamada urgentísima me arrancó hasta los fondos de mi casa, donde don Javier se debatía en la angustiosa asfixia de un edema agudo de pulmón. La lucha fue larga, y regresa con el sol, trayendo en triunfo la espada del general Basterrica que Guruchaga me ofreció como máximo agradecimiento. Esa noche, mientras se recuperaba, iba ofreciéndome el enfermo noticias de la Unión que no conocía, el relato de la botella de las provincias, y sobre todo la hoja de acero que estubo en la encrucijada de Quinteros, y yo utilizo a veces para frenar a Savioiti, siempre que intenta galopar arbitrariamente, en el tablero, sus inteligentes caballos amestrados...

El colegio inició en la calle Larravide, frente a los galpones de la barraca de Illa y Viamont. Uno de sus primeros alumnos, Vicente Hernández, recordaba episodios de esa época en que en la esquina, como un recuerdo triste, habían hundido como poste uno de los cañones de la Guerra Grande. El escolar de entonces guardaba el recuerdo de algunos de sus compañeros, Manuel y Martín Aguirre y Braulio Barea. A éste, el más inquieto, encargaba el maestro el girar la quinta de Bazañer, la exacta cantidad de varas de membrillo que él estimaba necesaria para estimular, por una quincena, la memoria y atención del alumnado. Luego el fosfolecín sintético era ofrecido por la casona de Mancoperría, que tenía en la puerta un parral que atravesaba toda la calle.

Cuando, con el índice izquierdo, donde lucía un aro para fijar el cigarro, siempre encendido, indicaba el maestro el pizarrón a una víctima ya resignada, bien sabía ésta el destino que le esperaba a su anatomía.

Teniendo en cuenta la época, en que reinaban la palmeta y el látigo, hay que reconocer que el acicate frutal de este colegio, representaba una pequeña ventaja para los inermes escolares. Así lo creían Bernardo Bidondo, Francisco Garmendia y Gregorio Antuña. José Hernández que sigue meditando en las chacras de Carrasco, afirma solemne y melancólico: "Don Ignacio era tan justo como severo."

Antes de la revolución del Quebracho, a le que nuestro pueblo contribuyó, valgan los recuerdos de Javier de Viana, con la pujanza del "batallón del pito", el maestro español abandonó los altos de Larravide para pasar a la casa que estoy historiando, donde murió en 1904.

Para el cambio lo atraía la enorme higuera que plantaron años atrás en su puerta, que entonces era de cuarterones. No había

en la época exigencias reglamentarias para la plantación de árboles en la vía pública, y así como Solsona adornó su frente con timbores, Reggio prefirió eucaliptos globulosos. Arriague aromos y Capdehourat magnolias. Hasta que, en 1892 se uniformó la arboleda de 8 de Octubre, plantando alternados una cuadra de plátanos y otra de paraísos, desde lo que fuera la azotea de doña Mercedes, en la esquina de Propios, donde nació Pancho Tajés, hasta lo que ya no era quinto del general Díaz, sino la casa de Solsona, donde el coronel Flores firmó en 1855 su renuncia a la Presidencia de la República.

La Junta arrancó pues la higuera del colegio, lo que enmudeció a la Muleka. Los alumnos de entonces capearon como pudieron la desazón de Mutuberría. Estos nuevos nombres contenían el registro: José y Alberto Scaltritti, Segundo Martínez Jauregui, Mario Fernández Latorre, Martín Inchausti, los Gazzo, Ignacio Vergara, y el inolvidable Elías S. que ya había adoptado como suya la divisa de Sarmiento: "O soy lo que debo ser o dejo de ser quien soy". Ingresaron Juan B. Bazzano, Carlos Filippini, Dodera, Nicolini, Angel Hernández y Alberto Dagnino.

Don Ignacio fue una rara mezcla de rigidez y bondad para sus muchachos. Jugaba con ellos a la pelota, él con el pie, ellos normalmente, y ganaba muchas veces. El maestro, en el amplio patio donde reina hoy una glicina de treinta años, bajo cuyas ramas ni de noche dejan de cantar los zorales. Los llevaba en procesión, caminando hasta las playas cercanas, de donde volvía en los crepúsculos con una provisión de arena para sus pájaros y sus dispepsias, que combatía tomando después de las comidas un vaso con agua en que disolvía una cucharadita de arena dulce.

El 21 de Junio había fiesta en honor del santo que daba nombre a la escuela. Iban todos a la primera misa de San Agustín, y a mediodía al picnic ofrecido junto a los muros de la plaza de toros, desde donde se extendían al norte los bañados de Mallador, convertidos luego en quinta de Parodi. Allí se honraba a una vaquillona, asada sobre una reja de ventana, dada vuelta cuando estaba bien dorada de un lado, por una horquilla de pasto. Por fin, la tarde que caía temprano, y luego la noche, con la oración antes de sentarse para la cena, y luego, como honesto fin de fiesta, el breve repaso a la gramática, el rosario, y la cama.

Uno de los pupilos de ese colegio se llamó José Irureta Goyena, nacido en la Unión en 1874, en momentos que los ingleses se aprestaban a colocar los rieles del ferrocarril a Pando, en esa calle llamada hoy Avelaneda, y que hasta 1805 fue el principio del camino a Maldonado.

Ese pupilo llegó sorpresivamente hasta mi casa un día de 1942. Sin conocerlo personalmente, yo lo había visitado una semana antes en su estudio de la calle Misiones, para obsequiarle — ofrenda mínima — uno de los primeros ejemplares de mis "Aguafuertes".

Acompañado por el doctor Daniel García Acevedo, venía ahora, gentil hombre hasta el fin, a retribuirme la visita.

Yo no hallaba términos para significarle el insignie honor que hacía a mi casa, y cuando con palabra insegura traté de hacerlo, recorriendo con la vista las viejas paredes de la sala, me dijo con una suave voz: — "Estoy atesorando recuerdos."

Presentí una confidencia, y él, recalculando con una sonrisa en que se mezclaban regocijo y melancolía, agregó: — "Entre estas paredes aprendí a leer y pronuncié mis primeras palabras de latín."

Y me ofreció recuerdos que en su voz parecían devolverme su infancia que no conocía. Sus correrías de muchacho caminador, por los molinos que rodeaban el pueblo. Sus descansos en los abrumadores estíos que él gozaba en la placita recatadamente escondida entre la iglesia y el Asilo.

Allí, a la escasa sombra de los arbolitos recién plantados, buscaba la compañía del general Cipriano Miró, que en la epopeya americana había luchado junto a San Martín.

Al retirarse me dijo: — "Vuelva a verme, y le filmaré la visión que conservo del pueblo viejo."

Esas palabras, las sufre todavía. Porque no lo vi más hasta ese 27 de Febrero del 47, cuando acompañé por unas horas su cuerpo inerte, entre los pinos de Carrasco y el rumor de las olas.

M. Ferdinand PONTAC

(Especial para EL DIA)

A LOS CIENTO CINCUENTA AÑOS DEL GRITO DE AGOSTO

El primer grito de Independencia —diciembre de agosto de 1809— no salió de un núcleo aislado, y para examinarlo en su génesis hay que recurrir al proceso de su larga prueba. Muchos años antes de que rompan el aire quiten las voces de la protesta y la proclama, ya se han puesto los criollos al frente de los peninsulares y en el corazón de los aborígenes aliena el dolor de sus pérdidas derechos. La revolución de las alcabalas ofrece de modo claro y distinto el afán de la patria libre. Los quiteños alborotados que se ponen a luchar por su pan y su destino hubieran señalado días luctuosos de no ceder ante la palabra convincente del jesuita Juan Bautista de Aguirre, el poeta que sublima a Góngora en nuestros lares y como profesor de Filosofía acude a los nuevos métodos de razonamiento y en esa vez persuade a los del bravo motín invitándoles a deponer los procedimientos de fuerza. En ola de mayor latitud extiéndose, en 1765, la revolución de los Estancos. Pero hay una figura señera cuyo perfil emergerá altanero sobre los aleros de la Colonia. Es el del doctor Eugenio Espejo, cuyo nombre representa como la metáfora del reflejo de las ideas, de la luz que ilumina las figuras, del cristal que las recoge o las devuelve móviles y vitales, así como en su apodo Chusig se ha querido encontrar el símbolo atabasco y la señal del augurio. Espejo elabora el grito que reventó en agosto, desde la penumbra de sus meditaciones o la obra incitativa en la que se empeña de antiguo. Lo afila y dispone como para el buido disparo, animándolo con el conocimiento de los derechos del hombre por él interpretados y traducidos, sin que se olvide que el aborígen poliducto fue un antecesor de Naríño, en cuya amistad encontró el reposo y el estímulo durante sus días fecundos de Santa Fe de Bogotá.

Hay, pues, en la conciencia de los "próceres de agosto" que se reúnen furtivamente desde 1808 en la Hacienda Chillo del Marqués de Selva Alegre, el luminar de fe que ha enredido el de la diestra que trazara los diálogos de El Nuevo Luciano y los artículos del primer papel periódico de Quito, Primicias de la Cultura. En el discurso escrito en la capital colombiana, invitando a los quiteños para que formaran la Escuela de la Concordia, alientan, hábilmente disimulados iguales propósitos y anhelos. Espejo sale de la Cárcel pública en donde estuvo por habérselo sindicado de impenitente revoltoso, por acusarse de ser el autor del Retrato de Golilla, decimas amargas contra el gobierno monárquico en el Nuevo Mundo; sale con el rostro seco y manchado de bilis doliente, para morir en los brazos de su hermana Doña Manuela, la esposa del orador doceañista José Mejía, pero Salinas y Larrea, y Selva Alegre y Quiroga, y Arzáburi y Morales, y el Obispo Cuero y Caicedo y Ríofrío, y Peña y Antonio Ante, ya son dueños de la voluntad popular y sobre el ocase físico del indio genial, estallará el grito indetenible.

En la noche del nueve de agosto, los conjurados se reúnen en la casa de Doña Manuela Cañizares, la del rostro magro, el alto continente y la viva imaginación, cuyo saloncillo se ofrece para los últimos preparativos de la gesta. El diez, bajo la radiosa luz que resplande en un cielo de azul purísimo, el Coronel Juan Salinas se pone frente a las armas de Quito en la Plaza Mayor, y un tronar de arcabuces anuncia que ha cesado el poderío español en estas tierras del Inca. La Junta de Gobierno está presidida por Juan Pío Montúfar y son sus Secretarios, Juan de Dios Morales, Manuel Quiroga y Juan Larrea. El Obispo Cuero y Caicedo la refuerza en calidad de Vicepresidente. A primeras horas, y cuan-



La columna a los héroes del "Dix de Agosto" en la Plaza Mayor, de Quito, frente a un perfil de la catedral.

do desde el fortín de Panacillo reventan salvajes de artillería, el nervioso Secretario doctor Antonio Ante, figura de resoluciones valerosas y simpáticas, entrega al Presidente Conde Ruiz de Castilla, el pliego de breve letra en la que se le anuncia que ha sido depuesto, y allí se establece un diálogo cortante que recoge en dramática página de sus Leyendas del Tiempo Heroico, el periodista Manuel de J. Calle...

Pero la inexperiencia y los azares propios de la época, la situación de Quito bañada de los Andes, arrabal del cielo, distante de las otras capitalidades, valle cercado de montañas en donde se levantan joyas de arquitectura preciosista y templos barrocos, dispersan la actividad y dejan hendidas en el entusiasmo por donde se filtran la prevención y la vigilancia. Así los patriotas son perseguidos y marchan a salto de mata, mientras doña Manuela Cañizares se refugia en un monasterio, y en el dos de agosto de 1810 los presos guardados en el Cuartel Real de Lima caen bajo el plomo realista, en carnicería que ha dado materia para el símil de la agostada...

Pero ya seguían, por los caminos de América, el impulso de Bolívar, la táctica de Surra, la gallardía militar de Córdova, el ímpetu de los llaneros de Páez, los veinte ecuatorianos del Yaguchi, el adolescente heroico Abdón Calderón.

Desde agosto de 1909 al conmemorarse el centenario del primer grito que dio a la ciudad quiteña el nombre de luminar de América, elevase en la Plaza Mayor, esbelta columna en memoria de los próceres, obra del escultor adriático Froilán. La figura de una mujer, con rasgos de nueva diosa, agita en su diestra antorcha brilladora. Se tiénese, casi ingravida, sobre la bola del mundo. El monumento es de armonía de módulos clásicos, de columnas helénicas semejantes a las del Partenón, unidas en número de cuatro, sobre pedestal de impecable arquitectura que muestra relieves de la Sala Capitular en la que se firmó el acta de Independencia; del sacrificio de los héroes en el Real de Lima, del acta liberadora, de los nombres de los héroes. Dos figuras en bronce alimentan el sentido de los símbolos: el águila ecuatorial que ha roto sus cadenas y el león herido por fuerza de venablo. Artísticos capiteles pulen sus coronamientos y entre sus columnas extiéndense hojas de acanto.

Es fama que los vecinos de Quito, en la urgencia de ver destacarse en el aire a la columna de la Libertad, derrocaron la pila de piedras que desde los días coloniales contaba el paso de las hazañas con el lenguaje del surtidor.

Augusto ARTAS.

Quito, agosto 10 de 1939.

(Especial para EL DIA.)



El Dr. César Díaz, recientemente fallecido.



Algunos sellos que representan figuras de la Biblia que tañen viejos instrumentos musicales.



Un sello curioso, inspirado en el mosaico de la Sinagoga de Beit Alfa, muestra a Helios circundado de los signos zodiacales y se fracciona en triángulos de valores diferentes.

HISTORIA, HOMBRE Y PAISAJE EN LA FILATELIA DE ISRAEL

"...la bendición escondida
en el suelo de la patria."
D. BEN-GURION

UNO de los pueblos más antiguos de la tierra, configura el Estado más joven del mundo. Israel tiene sólo once años de existencia como nación independiente, pero en ese lapso ha demostrado la pujanza invencible que lo anima, desde las horas primarias en que las tribus errantes atravesaban el desierto hacia la Tierra Prometi-

da, hasta el presente afirmativo, todo futuro, que ha conquistado dignidad y respeto entre las naciones civilizadas.

En el relato de los viajeros que vuelven de Israel, nos llega la imagen de un país vigoroso, donde el tesón no sabe de obstáculos, donde la unidad espiritual entre los judíos dispersos por tantas tierras, se mantiene con la misma fuerza con que en otros tiempos la metrópolis griega mantenía su hegemonía sobre sus hijos de las colonias mediterráneas. El nexo no se rompe,

y la patria se lleva sangre y corazón adentro.

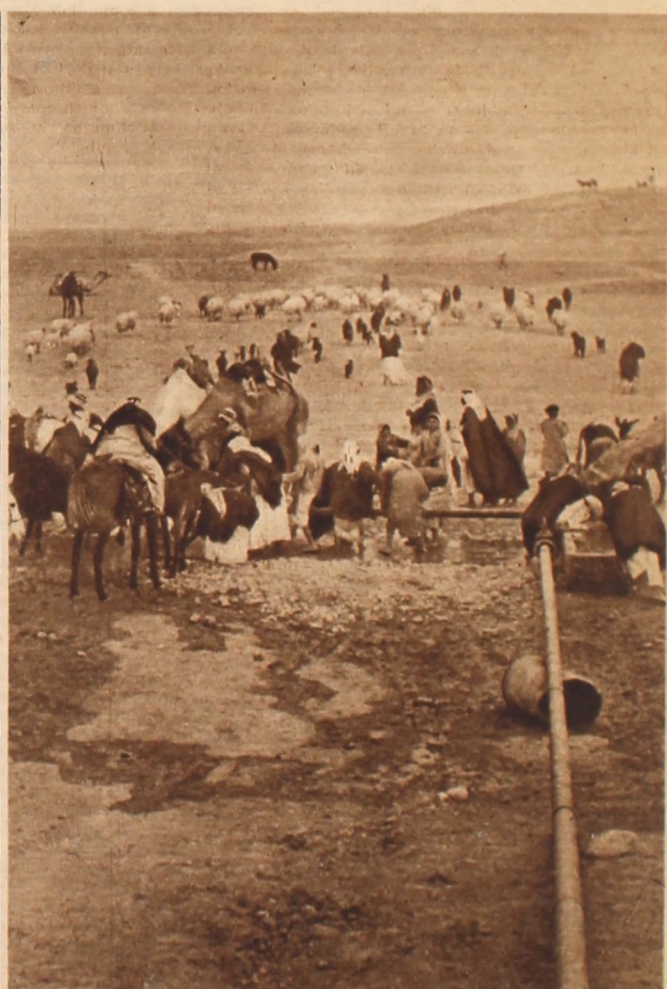
Y una película sobre la filatelia de Israel, que vimos hace poco, nos reveló de golpe la actividad intensa de ese grupo humano, usina infatigable, colmenar rico en muelles, crisol de esperanzas en el que una raza centra por fin su cohesión política y su derecho territorial, con el ejemplo poderoso del trabajo.

Nunca nos dejamos seducir por el deporte filatélico. A lo sumo, los sellos nos

han significado la gravosa pesadilla que acarrea una correspondencia nutrida.

Pero he aquí que los de Israel nos revelaron un aspecto distinto, cálidamente vivo y por encima del valor intrínseco que puedan tener para el coleccionista.

Ricos de contenido, compendian todo el pasado y el presente del joven Estado. Todo entra en ellos: la historia, la religión, el arte, la naturaleza. Se inspiran en temas nacionales, arrancan del Viejo Testamento, evocan el escenario solemne y sagrado de la Biblia, se iluminan con la Estrella de David, exaltan las bellas flores y los frutos delectosos de una tierra conquistada palmo a palmo al pedregal, ponen en valor vestigios arqueológicos, subrayan la importancia del deporte, el constante incremento de la industria, rinden homenaje a los intelectuales, desde Maimónides a Bialik, de Ye-



El empeño del hombre lleva el agua al desierto: conductos para el Néguev.



Hermosos sellos, que exaltan motivos históricos: el de arriba, la Estrella de David; el de abajo, el candelabro de siete brazos y los escudos de las doce tribus de Israel.



Sello conmemorativo del cincuentenario del Museo Nacional de Bezalel.



Antigua lámpara Hanukkah ("Fiesta de las luces") en terracota pintada de Libia, que pertenece al Museo de Bezalel. Ofrece la rareza de una doble hilera de cavidades que se encienden simultáneamente.

ve los motores de las fábricas, hace el progreso, empuja ante los ojos del mundo a hombres y mujeres símbolo, como culminación de un proceso heroico que se expresa a través de ellos, profetas de nuevo cuño que hablan el lenguaje contemporáneo de las conquistas sociales, y es hoy Ben-Gurión y es Golda Meir quienes lo encarnan, como serán mañana otros hombres y mujeres hechos como ellos por su propio coraje.

Evocadores y sugestivos, los sellos de Israel nos conducen lejos de su contemplación inmediata, para abrirnos un horizonte que no habíamos advertido, y en ello reside su valor didáctico y su verdadero mensaje. Llegamos a pensar que una simple estampilla puede abarcar todo el paisaje humano de un pueblo, cuando, como en el caso de éstos, de mano en mano hacen viajar la Historia.

Alguna vez, en un planeta sin odios y sin guerras, valdrá más que la fórmula de las armas nucleares, el ejemplo de una nación laboriosa que, como Israel, busca los senderos de la paz para cumplir su destino, con la fortaleza del valor y la majestad que simboliza el León emblemático de Judá.

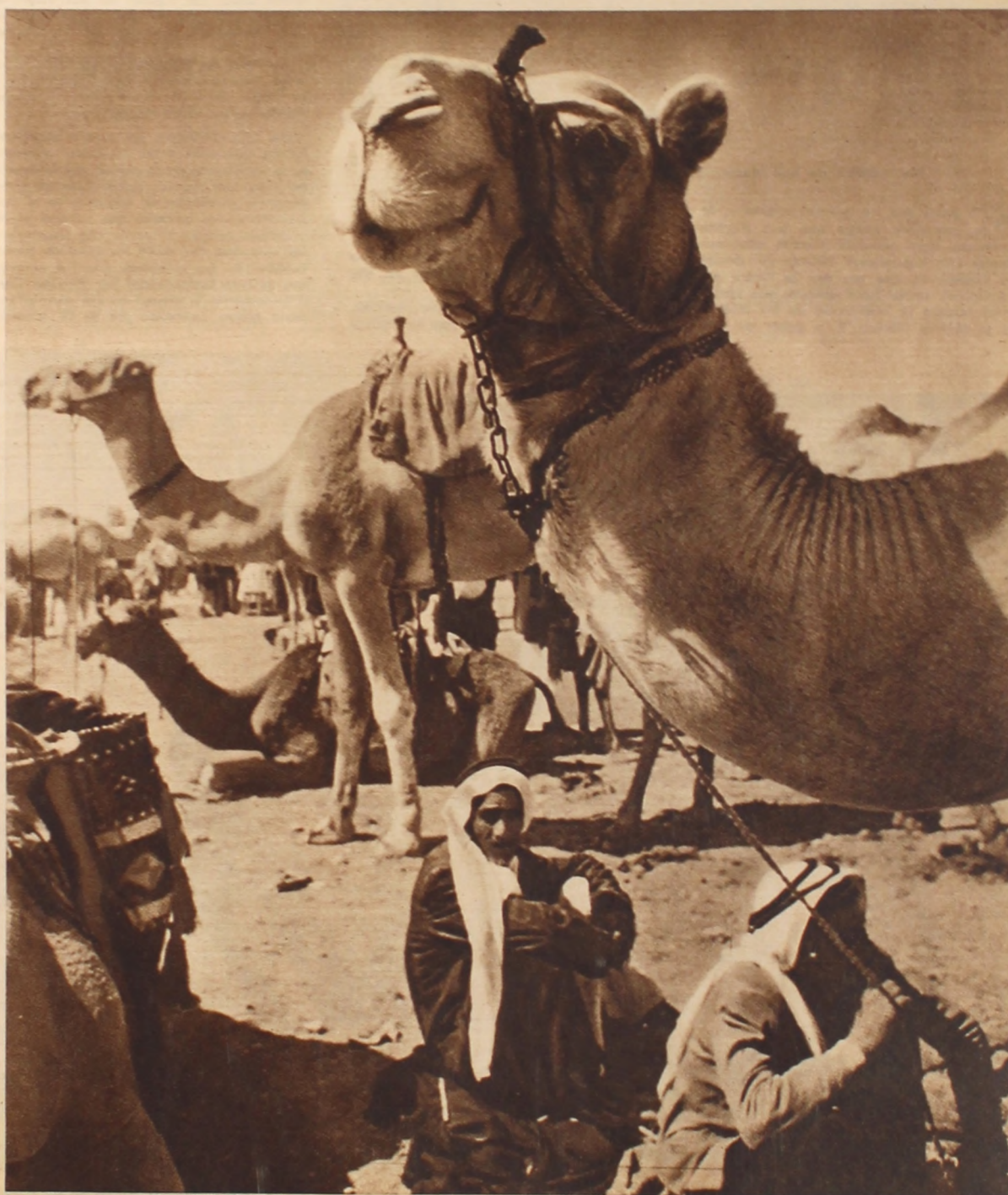
Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)

huda Halevy a Sholem Aleijem, exhuman arcaicos instrumentos musicales, divulgan monedas antiguas, edificios representativos. Allí donde el hombre y el tiempo realizaron o destruyeron dejando un testimonio histórico, el dibujante captó el motivo y lo rehizo plásticamente para que viaje por el mundo en el ángulo de un sobre. Los lirios y las palomas, la vid y el cervatillo que endulzan poéticamente tantos pasajes de los textos bíblicos, no podían faltar, junto a la luz ritual del candelabro de siete brazos: todo es buen asunto para el artista, que en esta materia tiene total libertad; el diseño de los sellos no está limitado a una oficina especial; la iniciativa es libre, y quien lo desee puede enviar sus concepciones para que sean expuestas y juzgadas por una comisión seleccionadora. Son así eminentemente populares en su origen, modernos en la ejecución y el trazo, sugestivos murales en miniatura que rodando por otras tierras y entre otras gentes van ampliando el conocimiento del Estado del que proceden.

El árbol da el fruto; la naranja jugosa, por ejemplo. Y alguien la fija, reluciente y dorada por ese mismo sol que calcina el desierto de Néguev, como una promesa para saciar la sed física tan intensa como la sed de justicia que atormenta a los hombres. Algún niño, artesano precoz, modela su cántaro, y la estampilla reproduce la labor manual juvenil y entusiasta, y la lleva por los caminos de la tierra. Otro toma en brazos un cabrito tierno, y el sello convierte el gesto inocente en una estampa dulce con sabor de égloga. Un día, cumple medio siglo el Museo Nacional de Bezalel, en Jerusalén, que no sólo contiene valiosas piezas de arte nacional, sino también de todos los pueblos del orbe, y lo conmemora una estampilla que a la silueta estilizada del gran edificio añade la antiquísima lámpara Hanukkah ("fiesta de las luces"), en terracota policromada de Libia, volviéndose propagandista de un tesoro arcaico. O en el Día de las Primicias —que equivale al Año Nuevo judío— figuras bíblicas teniendo viejos instrumentos, lira, tamboril, doble flauta, salen a recorrer el mundo convertidas en imágenes multicolores. O el mosaico del pavimento de la antigua Sinagoga de Beit Alfa ofrece al artista la inspiración de su Helios rodeado de los signos del zodiaco, y el sello se fracciona en cuatro sectores de valores diferentes, toda una curiosidad para los coleccionistas.

En pocos años, esta filatelia de corta trayectoria ofrece una enorme variedad de emisiones, que responden a la preocupación de exhibir la fecundidad prodigiosa del pequeño país, que si reciente como Estado libre, no ha necesitado improvisar, pues lo respalda un ayer milenar en el que fue templando su formidable energía espiritual. Esa energía roturó el desierto, descubrió el terrón que yacía bajo la piedra, hizo florecer y fructificar el yermo, haciendo realidad la parábola inolvidable de "La pampa de granito". En Israel no trabaja el hombre: trabaja la Voluntad. La voluntad abre caminos, entre piedra y arena. lleva el agua al desierto, fecunda el erial, mues-



Todavía, en el zoco de Beraabé, escenas como ésta parecen arrancadas de otro siglo.

CUATRO CABALLOS DE BRONCE QUE VIENEN POR LAS PAGINAS DE LA HISTORIA



Los caballos de San Marcos, llevados a París en el año 1797.

MUY pocos son los bronce originales de la estatuaría griega que han llegado incólumes hasta nosotros y entre estos originales son, lógicamente, escasos por demás los ejemplares que nos dan la figura del caballo, el noble bello animal que tantas veces tentara la inspiración de los artistas de la Grecia clásica. Y a pesar de esta

pobresa, que siempre significa falta de ejemplos que citar, muy rara vez vemos mencionados en los libros de Historia del Arte cuatro hermosos corceles fundidos en Grecia y que se pueden admirar en Venecia.

Son los cuatro caballos de una cuadriga, conjunto único en su especie que se conozca

en la actualidad proveniente de la antigüedad. Su creación debe fijarse entre los siglos IV y III a. C. en la isla de Quos. En realidad estos cuatro animales no son de bronce sino de cobre y una pequeña proporción de plomo; cada uno de ellos pesa 825 kilos y los cuatro conservan restos del dorado que originariamente los cubría.

Tras de estos caballos ha nacido una leyenda sugerida por la coincidencia de hechos y circunstancias; según ella cada vez que los cuatro caballos son movidos del lugar donde se encuentra un trono o un imperio se derrumba.

De Quos estas esculturas pasaron a Roma donde las encontramos adornando el arco de Trajano que se levantaba en la plaza que existía delante del Panteón; probablemente fueron allí colocados por Adriano, hijo adoptivo de Trajano, que los debe haber traído en alguno de sus viajes al Oriente si es que ya no se encontraban en Roma llevados a la capital del Imperio por Nerón.

Del arco de Trajano los caballos son bajados por Constantino para trasladarlos a la nueva capital: Constantinopla. Roma dejaba de ser el centro del Imperio.

En Constantinopla las cuatro esculturas fueron colocadas sobre altísimas columnas en el hipódromo de la ciudad donde permanecieron casi nueve siglos. Gracias a sus elevados pedestales se salvaron de la destrucción en el incendio que arruinó el hipódromo cuando Bizancio fue sitiada por los cruzados. En 1204 los caballos fueron bajados de las columnas por los venecianos quienes capitaneados por Enrique Dandolo tomaron la ciudad en ese año: el Imperio griego quebrado por la IV cruzada.

Dandolo mandó los caballos a la República de la cual él era el Duque; en Venecia permanecieron algunos años en el Arsenal de la ciudad hasta que en 1250 fueron colocados —como actualmente se ven— en el frente de la Catedral de San Marcos.

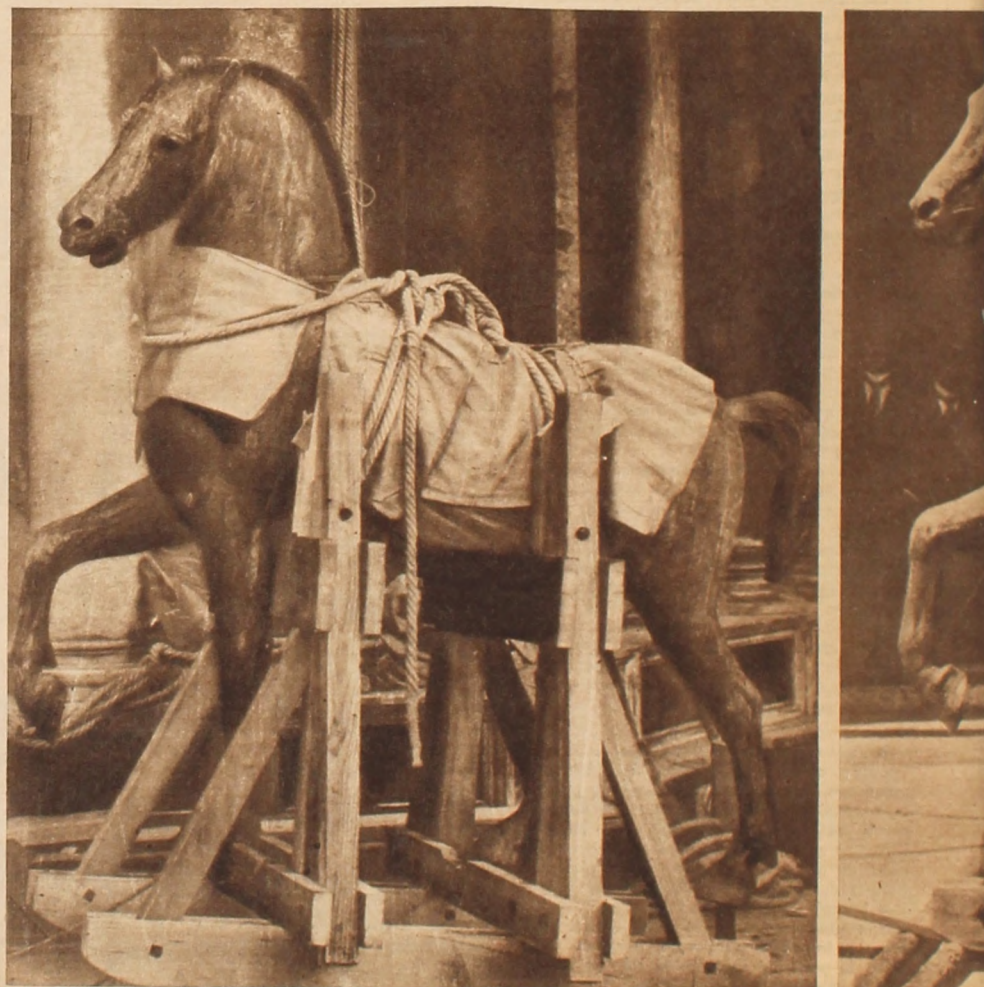
En la fachada de San Marcos permanecieron los cuatro caballos de nuestra historia hasta que Napoleón en 1798 los hace llevar a París a engrasar el cuantioso botín de obras de arte que estaba acumulando en la capital de Francia. Los caballos salían hacia París y caía la Serenísima República de Venecia después de siglos de esplendorosa historia.

París admira las magníficas esculturas primero en las Tullerías y desde 1805 sobre el arco del Carroussel.

En 1815 caído el Imperio napoleónico los caballos son restituidos a Venecia. El mismo Emperador Francisco I va expresamente a la ciudad de los canales (lo acompaña el príncipe Metternich) para asistir a la colocación de las esculturas en la Catedral de San Marcos. En crónicas de la época leemos la descripción de las ceremonias: "Cuando los caballos comenzaron a moverse desde el Arsenal, a la hora 10 del día 13 de diciembre de 1815, sobre dos carros en una barca con puente, se dispararon 21 cañonazos. Jefe del Arsenal era un Dandolo, capitán de fragata. El emperador hizo alto en la loggia debajo del campanile. De noche la Plaza fue iluminada "a giorno" y sobre un transparente se leía la siguiente frase: "A Francisco I victorioso —que estos preciosos caballos —a su sede —con suma munificencia restituyó —tributo devoto —de gracia y alegría —Venecia consagra." (F. Mutinelli: "Annali delle Province Venete dall'anno 1801, all'anno 1840", Venecia 1853).



Fotografía (Filippi) tomada el 27 de mayo de 1915 cuando uno de los cuatro caballos es descendido del frente de la Basílica de San Marcos para protegerlo de un posible bombardeo.



Otro de los cuatro caballos. Acaba de ser bajado y ha sido colocado en el caballete que lo soportará para su traslado al refugio. Uno de los caballos.

VAN Y TORIA

Cien años después, exactamente el 27 de mayo de 1915 los cuatro caballos debieron ser rescatados de sus pedestales. Italia había entrado en guerra contra Austria; ésta ya estaba bombardeando Venecia causando terribles daños en su patrimonio artístico como fue la pérdida del gran afresco del Típolo de la iglesia de los Carmelitas Descalzos. El último y uno de los más famosos del célebre pintor. Ante el temor que otras bombas pudieran dañar la Basilica y sus obras de arte, los cuatro caballos fueron escondidos en un subterráneo hasta que en 1917 fueron llevados, primero a Cremona luego a Roma donde reposaron en el Castillo Sant'Angelo y finalmente en el Palacio de Venecia que en 1916 había pasado de manos del gobierno austriaco a manos del gobierno italiano.

Terminada la primera guerra mundial los cuatro caballos griegos vuelven a lucir en la fachada de San Marcos.

Otra guerra obliga a bajarlos nuevamente de sus pedestales; esto es en 1940. Y otro conflicto cae; el Imperio Italiano creado en 1936.

En 1945 volvieron a la luz maravillosa de Venecia las bellísimas estatuas. Allí están todavía hoy admiradas por millones de turistas que año tras año se llegan a esa ciudad de prodigio que es Venecia.

¿Hasta cuándo permanecerán en ese aire de paz bajo la luz milagrosa de la célebre plaza? Venecia no está lejos de una frontera que separa dos mundos distintos, dos concepciones de vida. ¿Volverán a bajar los cuatro caballos de San Marco para marcar el derrumbe del imperio que está al otro lado de la vecina frontera? Es de desear que no porque ello significaría que la catástrofe de una nueva terrible guerra amenaza



Los caballos de San Marcos vuelven a Venecia después de la caída de Napoleón. Cuadro firmado por Bonato.

a la humanidad. Que sigan los bellos corceles en sus pedestales sutiles con el fondo mágico del frente de la Basilica de San Marcos; ello significará que la luz, crendo-

ra de ese hechizo que es Venecia, no será rota por la violencia. Que el hombre puede encontrar caminos constructivos para deshacer imperios sin necesidad de bajar a un

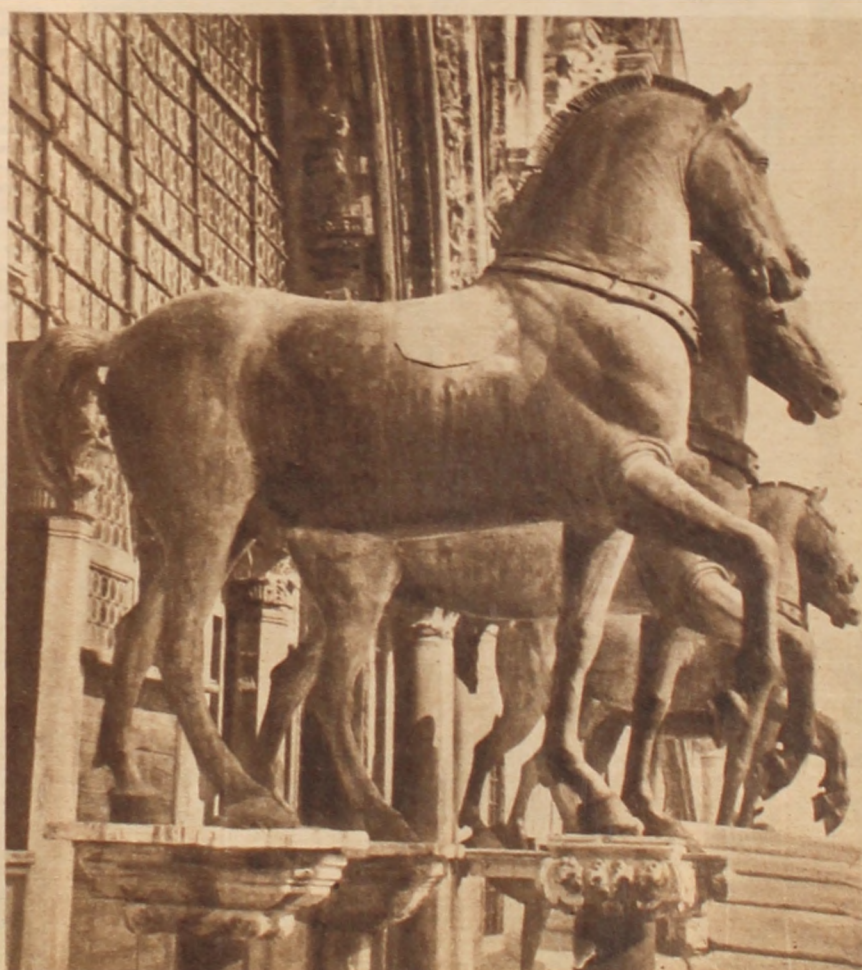
tenebroso sótano los cuatro caballos griegos de la Catedral de San Marcos.

Luis BAUSERO.

(Especial para EL DIA.)



En tierra descansa tras un siglo de haber permanecido en lo alto de su pedestal después de su vuelta de París.



Los caballos griegos bajo la luz de Venecia agregan una nota de indecible belleza al asombroso frente de la Basilica de San Marcos.



Vista general de Santa Sofía, desde una de las torres de la mezquita azul, emplazada en su cercanía.

SANTA SOFIA O EL ESPACIO VIVO

ESTAMBUL, por ella misma, por su sensible condición ciudadana, presenta un interés acucioso y de tal índole que hasta puede admitirse resaltando por encima del atractivo que tienen sus reliquias históricas. Ir a Estambul para ver cosas y quedarse allí sin vivir en ella, sería una crasa falla para el viajero que vocacionalmente aspire a no ser el simple coleccionista de postales y de constancias de recuerdos fugitivos y generalizadores; o sea, la feliz contracara de la que presentan con insolencia los que dicen autoritariamente "yo estuve allí", pero siguen poseyendo nada más que la información de las guías turísticas. No voy a volver sobre este punto ni a reiterar la exégesis de Estambul; algo de eso fue ya expuesto en una nota anterior y aunque sea insuficiente —siempre lo es— baste como fue dicho para la finalidad que tuvo. Pero ocurre también que, si la espléndida ciudad turca, el prodigioso puerto donde dos mundos se unen cómodamente y no parecen opuestos, mantiene por sí misma y como unidad tanto destaque, si por ser lo que es en el presente, de tal manera se singulariza y obliga a la atención, no debe por ello olvidarse la llamada de

atención que significa el hecho de que allí esté Santa Sofía. Ya que Santa Sofía —Hagia Sofía, o sea, la Sabiduría Divina— es, todavía, el más portentoso de los hechos arquitectónicos de Estambul.

Entendamos bien: del punto de vista histórico, Santa Sofía debía considerarse sólo como uno de los grandes hitos en los que tuvo apoyo el formidable esplendor del antiguo Bizancio; con ella, completando la estructura externa del prodigioso ajedrez político religioso que le diera fama, se hallaban el hipódromo, el palacio, las murallas. Y entre esos monumentos que, por el hecho de existir una vez y entonces, pareciera que habían de imponerse como testigos permanentes, vocacionales de la eternidad en lo que ésta tiene o puede alcanzar de más vivo y actuante, sólo queda, sólida, íntegra, la vieja basílica del tiempo de Justiniano, a la que, por otra parte, los agregados posteriores no siempre desmerecen.

Cerca de la iglesia, se hallan todavía, es cierto, los espacios donde se levantaron, antes, el foro de Augusto, los palacios de los grandes señores y el famoso hipódromo, el sitio de las reuniones decisivas, en las que el gusto por el deporte se aliaba al no me-

nor placer presentado en los grandes tejemanejes de la difícil política bizantina. Pero en cuanto hechos actuales, son nada más que huellas.

La traza puede ser muy evidente. No importa; tenemos que llenar demasiado con nuestra imaginación. Ni siquiera se trata de ruinas de construcciones; quizá, a veces, rastros de ellas y siempre la permanencia, en la moderna promoción de una plaza, de lo que fue un hueco prodigiosamente animado y animado de otra manera y con muy diversos propósitos.

La ruina normal y corriente, aún la más venerable —pienso en el Partenón o en Hagia Triada— tiene un carácter especial; les corresponde ser así: inconclusa por derecho adquirido a posteriori y de tal modo enfatizada en su carácter actual que ya su realidad verdadera debiera alcanzar para nuestro juicio, la estructura de una restauración.

La ruina es, definitivamente romántica; invita, capciosa, a las evasiones imaginativas. Conduce a una resbaladiza refacción mental y naturalmente se conforma al deseo. En rigor, el edificio del que provino va ganando en la estima por todo lo que él no es realmente; por lo que le damos. Las construcciones en ruina tienen una acepción para el técnico, el que va a ellas, documentado y buscando hasta hallar la confirmación de una pesquisa arquitectónica determinada; pero para el común de las gentes es el más estupendo trampolín de la fantasía. Su mejor virtud reside en no tener forma y, por ello admitir que se la dimensione y jerarquice. Ocurre que los guías que van indicando lo que falta y precisando sus características, fastidiosos, lateros, machacones, definen lo que no puede ser definido. Porque si allí falta una cornisa, no vale que alguien venga a decirnos que estaba y cómo era. Eso es lo que se nos dice porque puede saberse; pero sigue faltando, ya que no hay más que una realidad y el arte se mueve siempre en el campo prodigioso de lo real. Una cornisa es un saliente moldurado, diseñado en un material concreto y que, por tanto, debe alcanzar, en rigor, una vigencia absoluta. ¿Falta? La imaginación suplir, sí, pero con ideas. Lo que no puede ser completar, dentro de toda la latitud del término, con todo el compromiso que implica, porque la imaginación no logrará nunca establecer, contundentemente, el hecho sensorial, definido, único, táctil, pesante, relacionado por su unívoca presencia con lo que está. Lo que siempre faltará, pues, será precisamente esa presencia. Sí; la imaginación puede correr distancias y años y poblar un mundo; pero será un mundo irreal y el objeto que lo motiva se ha constituido ya en parte de nuestro presente.

Para una percepción sensual ávida de realidades táctiles, de límites definidos, de colores —los colores no se describen ni se piensan— ávida, en fin de ver y tropezarse con las cosas, la ruina es un medio camino

o es, definitivamente, una realidad nueva, a ser tenida en cuenta como tal, en su acepción actual. Nadie acepta al Erecteón sino como lo que hoy es. Pero eso no fue el Erecteón. Saberlo, vale para el conocimiento. Las sensaciones no se satisfacen por una precisión intelectual aunque se halle definitivamente documentada. Y lo que cuenta es lo que realmente aparece siendo ahora, desde hace tiempo; para siempre. La eternidad se da en sentido de futuro.

Santa Sofía ha sido alterada a través de los tiempos y por las razones de su diferente uso. Primero, basílica; luego mezquita; ahora, Museo. El haber sido desafectada definitivamente del culto musulmán, permite que, actualmente, se hayan librado los mosaicos bizantinos del estuco que los cubría justificando la posición de los iconoclastas. La visión había sido mantenida mientras aquella era casa de oración ya que la representación de figuras está prohibida por la ley islámica. El viejo precepto religioso que había justificado la posición de los iconoclastas bizantinos del siglo VIII, fue retomada con mayor ímpetu por los dominadores de después. Pero no sólo se eliminó esa capa de ocultación sino que, repuestos a la contemplación los mosaicos, están también reparándose con sumo cuidado en busca de darle el esplendor que tuvieron y que hubo sido escamoteado por siglos. Eso no impide que se mantenga en el interior el "top Kandil", la gran lámpara ofrecida por Anfet III, suspendida de las clave de la cúpula, forma dinámica de dibujo con ritmos curvos, transparente, que está y no está, como un milagro; también, el palco imperial, la galería de los cantores, el mirhab abierto en el ábside solemne que se orienta rigurosamente y sin preocupación estética, en dirección a la Meca, los azulejos, los grandes discos en los que campean, con letras de ágil trazado, las inscripciones de Alah, Mohamed, Abú Beker, Osmán, Hosen, Hassan, Ali y Omar; por fuera, los minaretes, los restos de fortificaciones, la fuente de las abluciones, las tumbas de los príncipes... Todo eso está; y ahora vuelven a estar las figuraciones bizantinas; el resultado no es híbrido; es auténtico. Ya nadie podría imaginar a Santa Sofía sin sus largas torres en formas de agujas disímiles y deliciosamente contrastadas con la masa firme y severa de la construcción templaria. Por otra parte, ellas son historia también, como lo es el mosaico del tímpano sobre el nártex, o la puerta de bronce de los emperadores Teófilo y Miguel III, o la "ventana fría", por donde siempre, aún en días de canícula, se suela al interior el aire fresco, o las urnas de alabastro regadas por Murat III (cada una de ellas es capaz de 1.250 litros) o la columna porosa, de San Gregorio, un monolito "que transpira", y que también curaba las enfermedades de la vista y favorecía a la maternidad. Puede no admitirse que el aire que pasa por la "ventana fría" sea siempre re-



La mezquita del sultán Ahmed, la "mezquita azul" que enfrenta con autoridad la solemne mole de Santa Sofía.

trascante y quizá sea falso que la columna tenga tan maravillosas propiedades curativas; pero la ventana está desde que empezó a estar, como ese fuste de piedra, frustrado por millones de manos implorantes, temblorosas y convencidas que, por cientos de años fueron acariciando su superficie. Y si el dato acerca de la capacidad de las urnas de alabastro es simplemente documental, su rotunda existencia en el ámbito majestuoso de la vieja basílica, tiene otra dimensión estimativa. La arquitectura es tanto más arquitectura cuanto más se ha vivido y cuanto más fuertes son los testimonios del transcurso del tiempo en el que se desarrolla su existencia. Las lesiones —la alteración por supresión de partes— pueden ser daños; pero también como cuando se trata de agregados, impuestos por la función específica y aunque transitoria, afirmativa, llegan a dar un acento definido de absoluta autoridad.

Santa Sofía es, ahora, Museo. Pero es mucho más. Porque es un edificio vivo, con todas las trazas de su continuada y estupefaciente vigencia secular. No es una reconstrucción; no es un modelo conservado; no es una ruina. Es, repito, nada menos que un edificio. Y dentro de la no muy larga serie de edificios históricos de primera línea, uno de los que realmente exasperan a la emoción. Nada ocurre dentro; no hay culto cristiano ni musulmán; tampoco hay vitrinas ni nada que lo asimile al museo de objetos; y si uno se saca de encima los guías que lo esperan, diligentes y memoriosos, en la entrada, podrá encontrarse dentro, a solas y actuando, dando la escala, midiendo relaciones, fijando valores humanos en un interior donde el hueco es el amo rotundo, donde por tanto el personaje fundamental de la arquitectura se ha desnudado. Y ciertamente es de tal entidad que allí le cabe hacerlo. No siempre es posible, ese desplante en la arquitectura. Los lugares donde tal hazaña llega a darse se cuentan con las manos. Pienso en el Escorial, en algunos edificios ravenates, en alguna mezquita de El Cairo, en muchas iglesias románicas.

Y cuando se pone énfasis en la importancia expresiva del interior, de Santa Sofía es porque, definitivamente, es allí donde se evidencia lo más auténtico de su personalidad, lo más rico de su presencia como objeto artístico, como "summa" arquitectónica.

*

El templo a la Sabiduría Divina —Hagia Sofía— fue levantado por primera vez a partir del año 325; era el tiempo de Constantino. Luego, hubo reconstrucciones, incendios, etc. Todo eso es menos que la prehistoria de Santa Sofía. El edificio que nos ha quedado, en el que la verdadera historia empezó a gravitar, es el sueño que Justiniano pudo hacer verdad. Si recibió los planos y el dinero para la construcción de manos de un ángel con veleidades de arquitecto, eso puede ponerse en tela de juicio y no hay muchas probabilidades de que se demuestre su veracidad. Pero sí es cierto que el mismo Emperador puso la piedra fundamental y que en sus planes estaba el hacer una arquitectura sin par. Era, además, como estructura, una hazaña; algo inédito y sin precedentes.

Para confirmar ese propósito de absoluta novedad, la misma antigüedad calificada había de contribuir. Se trajeron ocho columnas de piedra verde desde Efeeso —quizá del mismo templo de Diana— otras ocho columnas que provenían de Baalbeck y que habían sido previamente llevadas a Roma por Marco Aurelio; y otras partes que ahora integran algunas zonas no señalables del conjunto, vinieron de Grecia —Atenas, Delos— y Egipto. También el inagotable y extendido granito de Assuan había de sumarse a la empresa. Las obras se levantaron bajo la dirección de los arquitectos Antemios de Tralles e Isidoro de Mileto y diez mil obreros trabajaron a la vez. Los ladrillos de la cúpula se fabricaron en Rodas, pues quedó demostrado que allí la tierra era más ligera. Y el Emperador Justiniano no se arredró en cursar los expedientes más sospechosos para lograr la financiación necesaria a obra de tanto mérito y de finalidad tan pia. Cuando, al fin, la inauguración se hizo, Justiniano pudo afirmar que había vencido a Salomón; eso, dicho entonces, era como asegurar que se había vencido a la leyenda misma y ya es decir. Sobre todo, porque, al fin, se pudo probar que tenía razón.

Luego, sigue la historia; la cúpula se derrumba y es reconstruida; se hacen modificaciones. Se cambia el destino. Lo que se mantiene es la majestad; lo que no ha sido tocado es la dinámica prodigiosa de su espacio interior.

*

Justiniano fue considerado por la historia en razón de sus muchas virtudes. Y si las tuvo de varia índole, no es la menor aquella que lo define para siempre, como infatigable y arriesgado constructor. Pero si mucha arquitectura se levantó en su tiempo y por su inspiración, si a través de esas obras llegó, también, a definirse un criterio tectónico, no es menos importante recordar que, cuidándose de erigir grandes edificios, también se preocupó de su ornamentación, de la más firme definición de su carácter por la incorporación indisoluble de digno aparato decorativo de la construcción.

Decía más arriba que, al ponerse a recordar Santa Sofía, la emoción rememorativa se centra en el interior de la basílica. Hoy eso es, efectivamente inevitable; el acceso resulta ladero y muchas tapias y construcciones sacras que la circundan van limitando su presencia como masa arquitectónica en la necesaria visión por acercamiento. Pero siempre el acento debió estar ubicado en su interior solemne. No es que importe poco el perfil austero del volumen construido; la reiteración de su diseño en otras mezquitas de Estambul —aunque para un incisivo estudio de los estilos, eso sea más aparente que real— lo confirman. Pero el que una cosa sea o aparezca más importante, no quita validez al término de comparación; particularmente cuando éste se da en esta prodigiosa escala de estimaciones.

El espacio interno de Santa Sofía es totalmente indescriptible; tal su personalidad única, su carácter de acontecimiento absoluto, su particular vigencia como cosa

fin incongruente— de la levantada grupa de su cúpula; que, en fin, no hay una definición de partido arquitectónico y el resultado tiene, por tanto, que ser híbrido.

¿Híbrido? ¡Narices! Todas esas disquisiciones intelectuales son ciertas; y pueden agregarse muchas más; que la forma ascensional se da por ritmos de hileras horizontales de naves del verde, el blanco y los grises, en un orden complejo; que en lo alto de las naves laterales y en el techo del gineceo, los mosaicos dorados recogen cualquier partícula de luz y hacen vibrar con riqueza sutil la parte superior de lo que, como organización espacial es más bajo;

fundidad y se altera en el gran acento —al viva. Para ello cuentan en cierto sentido las dimensiones. Son colosales, pero no olvidemos que la técnica actual permite hazañas mucho mayores y que, en rigor, para un hombre de nuestros días, la existencia de una cúpula como la que allí se presenta no significa asombro más auténtico que el que derive de las consideraciones acerca del tiempo en que se levantó y de un buen conocimiento de las posibilidades técnicas de entonces. Pero, fuera de toda preocupación historicista y de toda inclinación al asombro movida por las lecturas que al respecto se tengan, siempre ha de



Zócalo esculpido del Obelisco de Teodosio: el monolito fue transportado de Karnak, en el Egipto, y levantado en este sitio por el ingeniero Proclo. Formaba parte de la espina central del Antiguo Hipódromo.



Un aspecto del interior de Santa Sofía; en primer término, una de las urnas de alabastro de Murat III.

apresarnos la inquietud, al introducirnos en el templo; un escalofrío irreprimible habrá de dominarnos, aunque hagamos intervenir la mejor disposición especulativa del intelecto. Y cruzar el ámbito, desde la puerta de bronce al abside será, de todas maneras, una aventura a cumplir solos, y en silencio, con todos los riesgos emocionales que comporta. Porque hay que hacerlo; y no es fácil. Se entra en un espacio vivo, vibrante, energético. Y no son, al fin, las magnitudes tan sólo, es la particular proporción de los huecos. Es esa ordenación increíble de vacíos serenos que centran y dispersan, que fijan las tensiones en el eje de nuestro camino pero también en el que va hacia lo alto y que no se habrá de recorrer, sino con la otra dimensión emotiva que allí nace.

El estudio de las plantas, de los cortes, de las perspectivas y fotografías, permiten toda suerte de disquisiciones, siempre de tipo cerebral; que si la concepción es centrísta y la dirección axial resulta un contrasentido; que si el espacio se da en pro-

que esos brillos esplendentes contrastan con el conjunto pues si éste participa de rojos y verdes, todo da en tonos apagados y hasta el alabastro de los grandes capiteles se hace severo.

Pero si hay una arquitectura en la que importa la más franca imposición del sentido espacial (centrista, expansivo, axial, cruciforme, etc.), eso queda como virtud de ese tipo de arquitectura ya clasificada. La gran hazaña que se cumplió —¿y de qué modo!— en Santa Sofía fue romper con la unidad y dar, no obstante, sentido de unidad, fue lograr el equilibrio por lo que, centro de la lógica, debía significar desequilibrio. Y es ahí, precisamente, donde debe radicar su vivacidad, su fuerza, la rotunda afirmación de su presencia intocable, resistente a los cambios del destino y a las modificaciones de su aparato constructivo. Santa Sofía no es, al fin, clasificable, sino un acontecimiento único, vencedor de leyendas.

Fernando GARCIA ESTEBAN
(Especial para EL DÍA)

FLORILEGIO DE LA AMISTAD

TAL como la entendieron los clásicos, la amistad es un cariño hondo y cálido que hasta avasalla. Es un sentimiento puro, apasionado, no ya sólo del corazón, sino que de todo lo que es entraña. Algo bien distinto de ese trato ligero y corriente que caracteriza la relación de la mayor parte de los semejantes y que no trastorna una célula.

Caracteriza a la amistad — y he ahí la diferencia con lo que dicese amistad corrientemente — el darse de un modo generoso, con absoluto desinterés. El darse sin medida, sin limitación. Es como el fundirse, voluntario, de un alma en otra alma admirada. Admiración que no tiene por qué provocar el talento tan sólo. Y desde luego, que no puede inspirarla la riqueza material pues que amistad es antes que nada desinteresado como ya exoresamos.

Al ser un sentimiento absolutamente desinteresado, está por encima del amor. Y de ahí que se haya dicho, desde tiempo remoto, por la voz de los más grandes idealistas, que en el mundo no hay cosa más alta que la amistad.

Afirmación tan concluyente, tiene que parecer insólita en este mundo actual, convulsionado y egoísta, con evidente desmoralización de los valores morales. Buen momento, pues, para hacer un repaso ideológico, entrando en la hermosa floresta del pensamiento universal.

Decía Sócrates que entre todas las cosas que era posible apetecer en el mundo — en el rico mundo de su Grecia áurea —, él daba preferencia a un amigo.

El discípulo directo de Sócrates, el gran Platón, en "Lysis o la amistad", tras hacer disertar a grandes inteligencias, según su modo, concluye el maravilloso diálogo de esta suerte: "...irán diciendo que pensábamos ser amigos, y yo lo soy vuestro, y no hemos podido descubrir lo que es el amigo".

Ni siquiera Platón, con su genio, pudo definir bien al amigo, de quien dice la Biblia que "el que lo encuentra, encuentra una riqueza".

Si la amistad no hubiera sido considerada cosa tan grande, el más eminente discípulo de Platón, el portentoso Aristóteles, no habría podido exclamar, con gran escándalo, en una reunión de Atenas: "¡Oh, amigos míos, sabed que no hay ningún hombre que sea amigo!".

Evidente exageración, porque si difícil es hacerse de un verdadero amigo, no se ha de admitir que ello sea imposible. En el mundo hubo y habrá siempre hombres de porte selecto, capaces de provocar el florecimiento de la amistad. Que resulta, sin duda, un altísimo goce. Por lo que decía Bacon: "Si eres amigo, comunicándole tu alegría al otro, disfrutas más y refiriéndole tus penas sufres menos". Ese filósofo aseguraba que sin el amigo, el desarrollo de las ideas se retardaba y comprimía. Pero si está el amigo, "en una hora de intercambiar pareceres adelantamos más que en un día de meditaciones".

Privilegio grande — y bien se ve — es el de tener un amigo. Cicerón alcanzó tal dicha, según consignara en su ensayo "De la Amistad". Y eso que Cicerón no era menos estricto que Sócrates en materia de conceptos. "La amistad — decía — es el don más dulce que nos dejaron los dioses", y véase aquí otra vez, preterido el amor, que apenas si podría aparecer en un segundo plano.

"De cuántas cosas me deparó la fortuna — escribe Cicerón —, nada tengo ni tuve para anteponer a la amistad de Escipión". El autor de las "Catilinas", nunca expresa mejor su concepto de la amistad que cuando dice: "Jamás falté a Escipión en cosa alguna que yo supiese y jamás oí de él cosa alguna que no me agradase".

El espíritu vulgar que vea en estas expresiones un puro trato lisonjero, confunde, pues Cicerón afirma que a los amigos hay que hacerles advertencias y hasta reprensiones, lo que quiere significar, en buen romance, que para ser elevado al rango de amigo, por un hombre superior, lo primero que se necesita es superarse. Se desprende bien esto de las palabras de aquel fuerte Cónsul romano, como pensador nunca olvidado, cuando manifiesta por Escipión: "Yo le amaba en homenaje a su virtud y él me distinguía por mis buenas costumbres". Generalizando va, Cicerón ofrecía esta sentencia: "El cariño entre los buenos es una fuente de amistad impuesta por la Naturaleza".

De modo que, a juicio de nuestro autor — y nosotros lo apoyamos — una de las bases para edificar la amistad es la condición bondadosa. Porque sin bondad, no hay afecto encendido y es en el afecto, siempre de acuerdo con el clásico, en donde radica el mayor provecho de la amistad.

Que la falsía estaba bien palpada por el flagelador de Catilina, lo prueba esta otra frase que le entresacamos: "Muchos no conocen del mundo cosa buena que no sea en su provecho, haciéndose amigos de aquellos de quienes esperan sacar fruto". Y aconseja: "Hazte tú bueno y luego busca otro semejante a ti". La adulación, la lisonja y la condescendencia, lejos de favorecer la amistad, constituyen su traba, su peligro. Tal vez sea el fuerte Fray Antonio de Guevara, que llegó a resultar Consejero de Carlos V, quien mejor haya concretado ese aspecto de la cuestión: "Para corregirse y no para lisonjear se crea la verdadera amistad". También es de Guevara esto: "Hace más el ruego del amigo que el hierro del enemigo". Y os dirá más adelante que cuando servimos al amigo, con el bien que él experimenta nosotros ya estamos pagados.

¡Cuán diferentes estos conceptos de lo que ahora se piensa (nótese que no decimos se siente) en materia de amistad! El clásico español no se aparta de las ideas del clásico romano, que exclama en su estudio más arriba citado: "¡Cuántas cosas harías por un amigo que no serías capaz de hacer por ti!".

En la "Introducción a la Sabiduría", el filósofo Vives hubo de anotar esta regla prudente: "Sé tardío en tomar amigos, y constante en guardar la amistad". Consejo que se verá apoyado por otra norma que Vives concreta así: "No esperes que tu amigo venga a referirte una necesidad; tú la has de descubrir y salirle al camino ayudándolo". No está dicho que la necesidad a que Vives alude sea sólo de dinero. Puede tratarse de la compañía, de la palabra solidaria, del estímulo. A veces está el



Sócrates, por el escultor Ventura Vileurea. El gran filósofo reputaba como "el más grande bien de la tierra, tener un amigo". Cierta vez, como le dijeran que su casa era muy chica, repuso: "Ya sería fortuna tener amigos bastante para llenarla".

hombre en crisis, que necesita descargarse de una incipiente angustia o de prolongada pena.

Nos lo dirá con su estilo personalísimo el "Juen Cristóbal" de Romain Rolland: "¡Qué dulzura haber hallado este amigo: un alma en quien refugiarse en medio de la tormenta, un abrigo cariñoso y seguro. Dormir mientras él vela y velar mientras él duerme. Descansar al dejarle los secretos. Con este hombre amparador y afín, hasta sufrir constituye una alegría".

Más cuidado con excederse en ciertas manifestaciones, de la amistad. Todo tiene su límite, todo ha de ser con medida. La incontinencia en el ademán tutelar, puede parecer ya un prurito del que se cree superior o mejor dotado. Y lo peor de todo será el alarde de que se posee fortuna. Que la protección no perezca nunca jactanciosa. Por algo en sus "Meditaciones sobre la Felicidad" engarza este pulido ópalo el italiano Verri: "Excesivos beneficios, aunque provengan del amigo más íntimo, acaban por hacer que se sienta inferior y humillado aquel que los recibe".

Nadie se contraría, y menos se aflija, en los tiempos que corren, cuando palpares un engaño. Los engaños son frecuentes en la amistad, como lo son en el amor. Aunque la amistad tiene segura piedra de toque que la descubre: la desgracia. Al revés del amor, que se fascina frente al éxito. A mayor suerte del amante, más sometimiento, cosa que inferioriza; a mayor infortunio del amigo, más solidaridad, cosa sublime. En esto, y bien se ve, también está la amistad por encima del amor. Tiene un fundamento realmente noble: la ética.

Periandro, en Miletos, discurría de este modo: "El amigo es invariable ante su verdadero amigo, sea rico y dichoso o infortunado y pobre". Pero es indudable que no hay que hacerse ilusiones prematuras en materia de amistad, pues el desencanto es terrible. Sin embargo, vale la pena el evento de buscar amigos. "Con un amigo, un pedazo de pan y un vaso de agua, estoy dispuesto a discutir la felicidad hasta con el mismo Zeus", prorrumpa Epicuro, el filósofo de la sobriedad, a quien torpemente se suele presentar transformado en aliberta.

A Ramón y Cajal pertenece el sarcasmo de los dos hombres que dialogan cínicos: "Veo que es usted muy amigo de Fulano", extraña el uno. Y el otro le responde: "No

es que seamos muy amigos: es que nos necesitamos".

De Ramón y Cajal es aquello de "Dos buenos amigos los tiene cualquiera; cuatro o seis pocas personas; una docena nadie".

La culpa de infinidad de decepciones, en materia amical, es este apresuramiento en las relaciones que Plutarco ya había visto: "Lo que más estorba para dar con un buen amigo es nuestro empeño en tener muchos".

Para contemporáneos ilustres, toda la ventaja de los antiguos griegos sobre la moderna civilización está basada en el culto de la amistad. Que fue tan apreciada como en la civilización occidental, y de muy lejana data, en la oriental. Acvahoska transcribe en la "Vida de Buda": "El amigo superior es como el resplandor de las estrellas, pues vuelca su claridad sobre los seres estimados". Hombre al que le faltara un amigo era igual que un rey sin reinado para Buda.

"La amistad no necesita de la presencia física", nos dijo hace años en una bella carta que guardamos, la malograda escritora Lily Daverio. ¿Quién no lo ha experimentado? Vivimos junto al amigo, aunque viaje por el otro continente — ¡aunque muera! — tantas veces como lo recordamos. Si vive y nos escribe o le escribimos, ¿no estamos tan en contacto como si nos estuviéramos tomando cordiales los dos manos? ¡Qué alegría, qué de emociones — prorrumpa Zimmermann — nos proporciona la correspondencia prolongada con un amigo! Esas cartas nos crean todo un mundo si estamos en soledad. La existencia del camarada se funde entonces con nuestra existencia".

Vale la pena conocer, hojeando en las "Conversaciones", diferencias sagaces que halla Confucio: "Amigos convenientes: los sinceros, los fieles, los probos. Amigos perjudiciales: los aduladores, los burlones, los que calculan".

Voltaire, tan escéptico para tantas cosas, creía en la amistad. "Es la unión del alma entre dos hombres buenos — decía —. Porque si malos sólo tienen cómplices, si interesados, socios, si libertinos, compinches". Para Voltaire el real cimiento de la amistad era la virtud.

¿Y qué virtud más excelsa que la bondad pura, delicada y fuerte a un tiempo, confundida tan a menudo con la debilidad, ya que hay hombres a los que se les dice buenos porque les ha faltado el valor para ser malos?

El hombre bueno es ese "verdadero hombre" señalado por Nietzsche, que no ha perdido los mejores atributos que lo distinguían cuando era niño. De consiguiente, es crédulo y sencillo, se estima y no hace lo que le perjudicaría, dando la razón al Séneca que dice que "sólo quien es amigo de sí mismo es amigo de los demás".

En suma, se ve que aunque no pueda ser un género frecuente, es posible dar con el hombre de mérito, cabal, afectivo, inteligente, honrado, modesto y sencillo; en una palabra, virtuoso, que nos obligará, por su propia irradiación armoniosa, a superarnos, a fin de lograr su codiciable estima; en este caso, su amistad.

Con lo que admitirá aquello de Sócrates: "que es Zeus (o sea la divinidad) quien hace los amigos, inspirando la atracción de los unos por los otros".

Vicente A. SALAVERRI
(Especial para EL DIA)



Se cumplió el tercer aniversario del sentido fallecimiento de la niña Charito López, cuyo recuerdo perdura entre las personas que la trataron.

RECUERDE UD.

El Hogar

LA SUPER CERA

QUE LIMPIA DA COLOR ENCERA y DESINFECTA SUS PISOS.

CLINICA
DENTAL
YAGUARON



PROTESIS INMEDIATA
TODOS LOS DIAS DE
8 a 21 HORAS.

HORARIO CONTINUADO

Yaguaron 1533

(A mitad de cuadra)

CASI PAYSANDU

CUIDE SU DINERO REPARE SU

**CITROËN o
RENAULT**

En un Taller
Especializado
Personal con
más de 10
Años de
Experiencia



Stock Permanente de Repuestos
Pintura, Lavados, Engrases, Mecánica, Electricidad, Chapa

GARCIA VARELA Ltda.
GARCIA 1428 Y MEDANOS - Tel. 40.45.30



Haciendo la ceñida curva, el viejo tren tomaba contacto con la primera ala del puente, sobre Yaro.



Fácil coartada del tránsito urbano, y pista de ciclismo, hoy.

EL PUENTE DE LA CALLE GALICIA

ENERGICOS tatujes en el suelo, improvisados terraplenes, gruesos corte, en la pared; ventanas zigzagantes, desde las que parece imposible esomar la cabeza; ochavas alargadas; tramos estrechos, con raídos barrotes que recuerdan grandes jaulas zoológicas abandonadas, donde ahora la inmediata concurrencia diversa tiene su patio de solaz a la medida; piedras salientes, ladrillos, canaletas, tapias, todo habla aquí con palabra rotunda del paso de la vieja locomotora...

Salía de La Paz y Río Negro. La primera vez que lo hizo fue una mañana de 1876; la última, una tarde de 1938. Ochenta y tres años hace, pues, que empezó a esgrimir su ligero escobillón de humo, a poner en jaque al guardagujas bandera o farol en ristre, el Ferrocarril Uruguayo del Este, al que la población montevideana conocía por "ferrocarril a Pando". Y veintidós años, que el benemérito carruajero se internó para siempre en ese túnel ancho, largo y oscuro, que es el olvido.

La Estación Córdón, en La Paz y Minas, era la primera a que llegaba. Allí, frente a ese bloque de piedra, hundido, tapiado en

parte, rodeado de silencio hoy, esperaban animadamente ayer, pasajeros y carga. Tomaba luego, entre alguna endeble barrera, Monte Caseros. Trozos de riel hincados en tierra, a manera de gruesos mojones, señalaban tercamente hasta hace poco, el pasaje por la estrecha y ondulada franja ciudadana, que la línea posterior de edificación absorbía.

Abomando ya por los fondos de la Cancha del Club Nacional de Fútbol, hacia un tajo de pronto en el apretado silencio de la concurrencia, mientras se disputaban los últimos minutos de un encuentro, indeciso o perdido... Aquella locomotora arrastraba consigo entonces, la falaz esperanza del momento, dejando detrás del antiguo "molino", su ligero crepón colgado en el aire...

Vertía en la Unión el contingente de ruidosos aficionados en la Plaza de Toros, o más allá, dejaba en las inmediaciones del Hipódromo el ortodoxo escudón de peseteros, según "contrato" con el Jockey Club...

Señalaba aún. Su itinerario concluía en los cercanos campos del Miraflores.

—De vuelta, traía piedra para hacer

adoquines, pasto para los animales, trigo para los molinos. Y sandías... Cuando se rompía alguna, era para nosotros que siempre estábamos allí, nos dice con cierta frustración aún, la señora que pasa en este momento, que "nació ahí", precisamente, hace 76 años... Esto era todo campo. A las 5 ya emperaba el ruido, porque donde está el Palacio Peñarol, se guardaban vagones y herramientas, y los guardagujas vivían generalmente a lo largo de la vía. Aquí vivieron muchos, nos dice señalando su casa de gruesas paredes por las que asoma algún tirante de madera dura. Aparecía después la máquina, tocando siempre a lo largo del descomulgado su campana de aviso... Era el despertador que teníamos todos por aquí! Cuando había "romerías", sus siete u ocho vagones llevaban a la gente durante todo el día; y en el "Campo Español" esperaban a la concurrencia para traerla de vuelta. De noche, el guardagujas vigilante anorecía de pronto con su farol, que aprobaba así, y caía entonces el vidrio rojo o el verde, según. Eran unos faroles muy raros...

Mientras se aleja con lentitud, sonríe le-

vemente la señora. En esa sonrisa, cuántas cosas quedan flotando junto al camino del viejo ferrocarril!

Acosado por la competencia y las mutaciones implacables, después de ir y venir, llevando y trayendo durante sesenta años, el servicio rutinario típicamente comarcal en un solo vagón, que corría a menudo así casi vacío.

Ha quedado ahí, en el trayecto, "el puente de la calle Galicia", para que los que viajaron afanosamente en él, no lo olviden del todo, y para que sepan que ha existido, como corresponde, los ciudadanos de hoy. Y de mañana.

El tiempo, conjugado en presente, nos sale ahora al paso como un ladrón con el arma en la mano; nos apunta y comina, y nos roba la emoción de la ciudad de ayer. Cuando servirse de la locomoción colectiva, la que fuera, antes o después, era un entretenimiento a veces placentero, esta locomotora esparcía su lindo sueño de caminos por la riellada senda suya, tan suave! Y ponía, y puso en la diaria existencia de inconstantes pobladores de la zona, durante toda una vida, su promesa, su atracción, su comunicativo desenfado, en que había asueto, progreso, intercambio y paisaje.

Por esa fina franja en natural descenso topográfico, hormigonada ahora, de Gaboto a Inca, por Galicia, se deslizan rápidamente hoy los autos hacia afuera. La ropa tendida se agita al viento para saludar la fácil coartada del tránsito urbano, mientras toman el sol, esgrimen la escoba, leen revistas de cine, los proletarios pobladores del flanco. Algunos antiguos galpones del lugar se asoman todavía, aguardando el pasaje del tren...

Al transitar por Sierra veréis el puente, ahora.

Si entre el enredado valvén callejero, no asoma, no cruza con su sincopeado latido de hierro aquel ferrocarril; si no pasa, entre un pañuelo y una mano en alto, detrás del "molino", junto a la Plaza, cerca de "la pista" o de la "romería"; si no se pierde ya a lo lejos, con todo lo que traía o llevaba en su henchido penacho de humo; veréis sin duda allí, junto al puente, esas raídas paredes, esas pequeñas ventanas, esas puertas estrechas, en el restringido declive.

Y pensaréis entonces en la orilla de una lejana población, encaramada al pie de la montaña. El pensamiento distraído, irá haciendo después lo demás. Y acaso desde el puente, os hará sonreír.

Enrique RICARDO GARET.
(Especial para EL DIA.)

Algunos datos consignados en esta nota, fueron facilitados por el distinguido funcionario de AFE, señor Caprario.



El puente de la calle Galicia sobre Sierra, soporta un tránsito intenso durante todo el día.



El pasado habla por la boca del puente, solitario un instante.

EL CANARIO PERIQUITO

LA niña Angélica cuidaba unos cuantos canarios.

Todos los días de buen tiempo sacaba las jaulas —que eran primorosas— al patio enjardinado de su casa.

Uno de los canarios —enviado por su novio— nuevo y travieso, a veces cortaba sus canciones para darse a la contemplación del espeso monte de un río que frente a la estancia cruzaba rumbo al sur. Pasaba largos espacios de tiempo observando el revuelo de sus pobladores, captando sus gritos estridentes o sus armoniosas notas. A veces, durante la quietud y el silencio de la siesta, en esa hora que todos los seres parecen adormecerse, se alzaba allí el solitario canto de alguna calandria en celo, o de tal sabiduría dolorido; y el canario recogía esas melodías, y meditaba profundamente.

Pero lo que más le impresionaba era la orquesta del amanecer, cuando el sol aparecía como un dios inmenso y generoso. Sentíase tocado por la ruidosa expresión de aquellas dianas triunfales que hacían vibrar jilgueros, cardenales, mirlos, boyeros, ventevotos, chingolos...

¿Cómo sería la vida que se desarrollaba en aquella república? ¿Qué leyes se cumplirían allí, qué formas de amor habría, hasta dónde alcanzaban las pasiones de aquellos seres que como él cantaban y sacudían sus alas?

Por estos pensamientos, que ya comen-

zaban a roerle, enmudecía su canto muchas veces.

Una mañana, como tantas, la niña Angélica sacó bajo el cielo abierto las jaulas. Empezó su labor de limpieza, de cambio de agua y comida. Y la puerta de nuestro canario quedó descuidadamente abierta.

Fuese la niña, comenzó en el monte la sinfonía que el sol al ascender gestaba, el pájaro aquel vio el cuadro sin barrotes de la abertura. Vaciló un instante. Luego salió por ella y en un torpe vuelo consiguió posar entre las ramas de un naranjo que, como otros, daba sombra y adorno al jardín.

De árbol en árbol fue sometiendo a prueba sus facultades. Los nervios de sus alas, endurecidos por el cautiverio, iban haciéndose elásticos... Hasta que sintió el inefable goce de remontar sobre el ancho verdor del campo ilimitado y cortar el aire diáfano y tibio de aquella mañana de estío.

Sufrió el vértigo de una grata embriaguez; y en un dislocado ritmo de alas enderezó al monte del río.

Cuando ya estaba casi tocando sus primeros arrayanes el forzado zig zag de su vuelo lo salvó de la muerte; una oscura saca sacudió los aires cortando bruscamente su ruta. Fue algo violento, terrible, que casi paralizó su corazón. Y ya oyó un múltiple grito y se vio rodeado de unas urracas que allí estaban sobre un quebracho viejo contándose chismes.

—¡Venga acá, niño, ligerol

Y lo llevaron, entre todas, casi sobre sus plumas, a un lugar espeso. Allí quedó parado en la horqueta de un sarandí, trémulo y ahogado.

—¿Dónde sale, niño? ¿De qué familia es usted? ¿Cómo se llama?

Las preguntas de las comadres salían una tras otra, atropellándose. Al fin se hizo un silencio. El habló con alterado acento:

—Soy de la estancia de la niña Angélica; vivo en una jaula...

Las urracas lo observaron un instante pasmadas ante su pequeñez, ante la tersura de su áureo vestido, ante el brillo punzante de sus ojos oscuros.

—Me llamo Periquito...

—¡Ah!

Esa noche lo acomodaron en el nido de una de ellas. La mayor le dijo:

—Mirá, m'hijo, no te conviene volver. Ese halcón que te erró el viaje hoy te ha de estar pestoriando. No sé mismo cómo te le escapaste...

Y así comenzó el otro vivir del canario Periquito.

Para él todo aquello era nuevo, áspero, duro, pero encantador. Ya volaba ágilmente, conocía muchos rincones de la selva, algunos maravillosos. El que más lo embriagaba era un gran remanso del río, coronado de ceibos. El espejo reflejaba el rojo ardiente de las flores; y, un poco más allá, las campanas del camalotal hacían rielar sus húmedos verdes o sus violetas desvaídos en un fascinante juego de colores y de luces.

Cierta noche de tempestad sintió muy de cerca la brutal explosión del trueno, la cegadora luz del relámpago, el terrorífico arrebatado del viento. El monte gritó, ululó, y se retorció. Horrorizado, hecho una pelota pal-



pitante, pasó toda la noche en agonía, apretado entre dos urracas, llevado y traído por la rama de aquel sarandí que se doblaba y gemía. ¡Pero después salió el sol!

Periquito vivía de deslumbramiento en deslumbramiento. Y aprendió a ganarse la comida cazando pequeñas mariposas o hurgando la tierra buscando gusanitos. El agua del río era dulcísima. Sentía en todo él una energía nueva y un nuevo júbilo.

A veces, en la noche, antes de entrar en el sueño, recordaba su pasado: el canto de sus hermanos, la niña Angélica llevando y trayendo su jaula, los alambres de ésta y sus soportes, los tarritos de cristal con su comida y su bebida, la blandura de su cama que la niña Angélica mulía todos los días. Allí estaba harto, dormía sin sobresaltos... pero todas las horas eran iguales. Una serena tarde de otoño las urracas estaban recibiendo visitas. La mayor cumplía años. El canario Periquito era el punto de mira de la reunión. Pequeñito y sedoso, los pobladores de aquel pago le dispensaban un piadoso afecto. Hasta los picaflores, más leves que él, muchas veces quedaban inmóviles en el aire, merced a las revoluciones de sus prodigiosas alas, contemplándolo.

La cumpleaños iba y venía atendiendo saludos. Por ella sentía Periquito un singular amor. Fue la primera en dar aquel grito de espanto y de alerta cuando el halcón pasó rozándolo como un proyectil vivo, la primera que lo amparó, la que le enseñó a buscar alimento y a conocer los misterios del monte.

—¡Gueno —dijo ella en una de esas—

a ver, un poco de música, que esto no ha de ser más que prosa y chismel

Y ya empezaron a templar sus cuerdas las calandrias y a acomodar gargantas los boyeros. Al poco rato la casa de las urracas estaba envuelta en una sonante nube.

—¿Qué te parece, m'hijo? —preguntó ella a Periquito en una pausa que se hizo.

—¡Ah, mama, qué fiesta linda!

—¡Lástima que vos no sepas cantar!

Periquito tuvo como un desvanecimiento. Con aquello de su nueva existencia, con el problema diario del sustento, y la fiesta permanente que constituía el monte con sus sitios milunachoscos —a pesar de sus encrucijadas y traiciones— había olvidado su canto. La vida era tan intensa allí, así en sus goces como en sus sinsabores, que desde su llegada hasta ese día no había tenido tiempo para su canto, ni siquiera para pensar en él. Dijo con vehemencia:

—¡Pero si sé cantar, mama!

Se afirmó en sus patas, abombó el pecho... Y la melodía de Periquito hizo caer a todos en un hondo arrobamiento. La selva entera rodeó el hogar de las urracas. Hasta los carpinchos asomaron sus hocicos allí, y los mismos halcones se hicieron presentes, estatuidos sobre un coronilla, como hechizados, olvidada su fiera.

Y Periquito cantaba, sus trinos temblaban, sus arpegios conmovían, las urracas floraban y todos estaban suspendidos, subyugados por aquella magia.

Periquito vivió muchos años en el monte del río, aquel que cruzaba frente a la estancia de la niña Angélica rumbo al sur.

Aprendió muchas cosas allí. Su canto cobró modulaciones más graves, pero fue más apasionado. Sus alas se fortalecieron y lo llevaron a donde quería ir, sin tropiezo de barrotes. Supo que la vida hay que ganarla con trabajo y sostenerla con valor; y que cuanto más dura ha sido la jornada, más hondo el placer de haberla vivido. Y que por sobre el ocio, el pan regalado, el techo resuelto, la sed sin problemas, el lecho confortable, los inviernos tibios y los veranos frescos, está la libertad.

Allá, en la estancia de la niña Angélica, amanecía constantemente en una penumbra incierta; allí, en el monte, la tempestad desatada o el sol radiante, pero siempre bajo la infinita amplitud del cielo.

Y supo que cuando un ser expresa su júbilo o su pena, como él y muchos de la selva, con suave, manso y armonioso acento, hasta los propios halcones dulcifican su instinto... lo que debía de aprender el hombre.

José MONEGAL

Dibujo del autor
(Especial para EL DIA)

RECUERDE U.D.

NO SE DEJE ENGAÑAR!!

NI DEPRENDER EN SU BUENA FE...

POR BOTIQUES Y ARMARIOS PARA BAÑOS APARENTEMENTE SIMILARES A LOS NUESTROS

NUESTRA MARCA "JISSA" LO GUARDA EN SU ELECCIÓN

y garantizará su reconocida CALIDAD

EXIJA NUESTROS PRODUCTOS TIENEN NUESTRA MARCA IMPRESA EN EL MUEBLE, SI NO LA ENCUENTRA RECHACELOS

POR CUALQUIER DUDA O ACLARACIÓN SERVIRE CONSULTAMOS

Establecimiento Industrial y Comercial JAMIL ISSA
YTU 1824 - TELEFONO 500261



ATSIJUAQ 88 6103
Calle 88 PAULISTAS
Calle 88 PAULISTAS
Calle 88 PAULISTAS

muebles
Comodín

ADAPTABLES A
TODO AMBIENTE

MUEBLES BAR con
opalina negra, en
limba.
Puerta de correr.
Cuatro cajones y
estante para libros
y cerámica.



Mueblería SAN FERNANDO

18 DE JULIO 2133 Teléf. 40 52 97
entre Juan Paullier y J. Requena



Asamblea anual del Centro de Viticultores del pueblo de Rodríguez (San José).
Se rindió homenaje al pueblo de Rodríguez al cumplirse el cincuentenario de su fundación.



TARZAN, RECORDANDO LA PAZ DE SU NIÑEZ, DESEABA HALLAR EN ALGUNA PARTE DEL INEXPLORADO CENTRO DEL CONTINENTE EL PLACER DE SU JUVENTUD.



EL DESTINO LO GUIÓ A LA VILLA DE UN BRUJO... EN LO PROFUNDO DEL DESCONOCIDO CONTINENTE..



"¡SALUD! ME PERMITE PASAR LA NOCHE JUNTO A SU FUEGO."

"BIEN VENIDO TARZÁN, LOS TAMBORES NOS ANUNCIARON SU VENIDA." UD. HOMBRE BUENO... VENGA, LO LLEVARE A EL."

EL PEQUEÑO PAJARO DE FUEGO, NUESTRO PEQUEÑO MUDO... ESTÁ GRANDE YA. LA MAGIA DE MOMBA LO HA HECHO GRANDE, FUERTE. TAL VEZ UD. TENGA MAGIA PARA HACERLO HABLAR."



PEQUEÑO PAJARO DE FUEGO, ESTE ES TARZÁN, TU AMIGO.

HOLA!

BIENVENIDO TARZÁN... MI CASA ES LA SUYA.

BILL ELLIOTT
JOHN CELARDO



EL PEQUEÑO PAJARO DE FUEGO NO HABLA, TARZÁN. LA MAGIA DE MOMBA LO HA HECHO GRANDE, FUERTE... PERO SIN VOZ!!

PUEDE SER QUE HAYA NACIDO SORDO...



EL PEQUEÑO PAJARO DE FUEGO TIENE BUENOS OÍDOS. OYE TODO. CUANDO SALGA EL SOL LE MOSTRARE LA CASA INCENDIADA. PUEDE QUE UD. LE DE VOZ.

UN LINDO MUCHACHO... UN PEQUEÑO GIGANTE!



EL PEQUEÑO PAJARO DE FUEGO NUNCA HA VISTO UN BLANCO. EL ES COMO UD. TARZÁN.

ME RECUERDA A MÍ MISMO, CUANDO ERA NIÑO... PERO COMO VIÑO A DAR AQUÍ!?



Nutre,
vigoriza,
fortalece.

TODDY

No tiene,
ni puede
tener similares



LANAS PRIMAVERALES

extraordinario surtido a los precios más atrayentes,
en la sección tejidos más completa del país.



GENEROS DE LANA jaspeados y lisos, en la gama completa de colores. Ancho 0.85, el metro **\$5.50**

PIED DE POULE Y PRINCIPE DE GALES de lana y seda, delicada fantasía para vestidos de entretiempo. Ancho 0.95, el metro **\$8.50**

ALPACA DE LANA Y SEDA MELANGE, práctico tejido para sport. Ancho 0.95, el metro **\$9.50**

NATTE MULTICOLOR, moderno paño liviano, una creación exclusiva de nuestra Sección Tejidos. Ancho 1.40, el metro **\$12.50**

LANA Y NYLON INARRUGABLE, tejido muy suave en delicados colores. Ancho 1.40, el metro **\$13.50**

ROMELAINE LISO, el tejido en lana impuesto por su buen vestir. Ancho 1.40, el metro **\$14.50**

PAÑO VELOUR, jaspeado, en colores claros para tapados de Primavera y Verano. Ancho 1.40, el metro **\$16.50**

OTTOMANO ANGORADO, de gran suavidad y suaves tonalidades. Ancho 1.40, el metro **\$18.50**

TWEED FANTASIA Y PRINCIPE DE GALES, dos clásicos tejidos para su traje de media estación. Ancho 1.50, el metro **\$21.50**

GEORGETTE LISO de puro lana, el tejido impuesto por la moda. Ancho 1.45, el metro **\$22.50**

PAÑO LENCI, de última moda para sacos y chaquetones, en todos los colores. Ancho 1.50, el metro **\$23.50**

ALPACA DE LANA, para vestidos y chaquetas, en modernos colores. Ancho 1.50, el metro **\$26.50**

GENEROS DE LANA, ESCOCESES, PRINCIPE DE GALES, CUADRITOS Y RAYADOS, una extraordinaria selección de dibujos y colores exclusivos. Ancho 1.45, el metro **\$28.50**

CASIMIR TROPICAL FANTASIA, en modernas combinaciones de colores. Ancho 1.50, el metro **\$32.50**

FIL A FIL FANTASIA, clásico casimir para la media estación. Ancho 1.50, el metro **\$34.50**

GARARDINA Y OTTOMANO DE LANA, dos tejidos impuestos por la moda en una selecta variedad de colores. Ancho 1.50, el metro **\$36.50**



SOLER HNOS. S. A.

50 AÑOS
1909-1959

PROGRAMACION DE CASA SOLER EN SAETA T.V.
Lunas y Miércoles a las 20 horas presenta al Espectáculo de Variedades y los Martes a las 21 horas la Gran TELEREVISTA, con las mejores atracciones de la TV.

CLIENTES DEL INTERIOR:
Dejen sus pedidos a nuestra CASA MATRIX, Av. Agraciada 2302 y M. Sosa.

VELOUR DE ORLON
en los tonos blanco, natural, amarillo, celeste y turquesa, ideal para sacos y chaquetones. Ancho 1.40, el metro **\$32.50**

CASA MATRIX AV. AGRACIADA 2302
c/ Marcelino Sosa - Tel. 20 00 01

SUCURSAL GOES AV. GRAL. FLORES 2341 c/
H. Barthel - Tel. 2 42 00 - 2 43 00 - 2 44 00

SUCURSAL CORDON AV. 10 DE JULIO 1601
c/ Carlos Ruiz - Tel. 40 41 11

50 AÑOS BRINDANDO

Precios al alcance de todos